

318

OBRAS DRAMÁTICAS

DE

DON LUIS DE EGUILAZ.

Verdades amargas.

Alarcon.

Las prohibiciones.

Una broma de Quevedo.

El caballero del milagro.

Mariana la barlú.

Una Virgen de Murillo (1).

La vergonzosa en palacio.

Cuando ahorcaron á Quevedo.

El esclavo.

Una aventura de Tirso.

La vida de Juan soldado.

La Vaquera de la Finojosa.

La llave de oro.

Grazalema.

El Patriarca del Turia.

Las querellas del rey sabio.

Mentiras dulces.

¡Santiago y á ellos!

El padre de los pobres.

La Payesa de Sacilá.

Los crepúsculos.

La cruz del matrimonio.

Los soldados de plomo.

(1) En colaboracion con D. Luis Mariano de Larra.

C1818

VERDADES AMARGAS,

COMEDIA ORIGINAL,

EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

POR

D. LUIS DE EGUILAZ.

Representada por primera vez en el teatro de Variedades la noche del 20 de Enero de 1853, á beneficio del primer actor y director de escena don Joaquin Arjona.

SÉPTIMA EDICION.

ISMAEL
SANCHEZ
MORVAN

MADRID:
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 48.
1866.

R.12319

Madrid 14 de Enero de 1853.

Examinada por el Señor Censor de turno, y de conformidad con su dictámen, puede representarse.

PEREZ VENTO.

La propiedad de esta obra pertenece á su autor, y nadie podrá sin supermiso reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones, ni en los países con que haya ó se celebren en adelante contratos internacionales, reservándose el autor el derecho de traducción.

Los comisionados de la Galeria dramática y lírica titulada EL TEATRO, son los exclusivos encargados de la venta de ejemplares y del cobro de derechos de representación en todos los puntos.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

AL SEÑOR DON EUGENIO DE OCHOA,

Por deber, por gratitud, por cariño,

Luis de Equilaz.

PERSONAJES.

ACTORES.

MARGARITA.....	DOÑA TEODORA LAMADRID.
HORTENSIA.....	DOÑA MARIA RODRIGUEZ.
DON FELIX.....	D. JOAQUIN ARJONA.
DON FACUNDO.....	D. JOSÉ CALVO.
DON LUIS.....	D. MANUEL OSSORIO.
DON CÁRLOS.....	D. VICTORINO TAMAYO.
UN CRIADO.....	D. SANTOS NOMBELA.

El primer acto en Sevilla; los restantes en
Madrid.

ACTO PRIMERO.

Sala en el piso bajo de la casa de D. Felix: puerta al foro, por la que se ve el patio adornado al gusto de Sevilla; otra puerta á la izquierda del actor; un cierre de cristales á la derecha, cubierto con una cortina listada; las paredes de la habitacion estarán cubiertas de cuadros de la escuela sevillana, entre los que habrá algunas copias de Murillo.

ESCENA PRIMERA.

D. FELIX, D. FACUNDO.

Aparecen sentados en primer término.

FELIX. ¿Con que al fin sin alborotos
triunfa su candidatura?

FACUNDO. Por mayoría segura
de mas de cincuenta votos

FELIX. El asunto no va mal.

FACUNDO. Á juzgar por esa muestra...

FELIX. ¡Ya, ya!

FACUNDO. La eleccion es nuestra.
Negocio hecho. ¡Qué tal!

FELIX. ¡Las cuatro! (Viendo el reloj.)

FACUNDO. En esta ocasion,
amigo, lo que ha de ser
acaba de suceder.
Se cerró la votacion.

FELIX. Mi ansiedad de punto crece.

FACUNDO. Mucho le interesa á usted.

FELIX. Ese jóven, ya usted ve
que todo se lo merece.
Entusiasta para hablar,
patriota, buen abogado,
va á ser todo un diputado,
no un diputado vulgar.

FACUNDO. Pero el llevarlo á ese puesto,
á que el genio le encamina,
su casa de usted arruina.

FELIX. Pist!

FACUNDO. No me explico bien esto.
Con oro y buenos amaños
hoy de la eleccion dispone.
¿Por qué en su lugar le pone
y no sale usted?...

FELIX. ¡Los años!
Á mi edad... á nuestra edad,
con un pié en el ataud...
Deje usted á la juventud
que adquiera celebridad.

FACUNDO. ¡Ah!... ya su idea concibo. (Con malicia.)
¡Qué talentazo!

FELIX. Sí, inmenso!

FACUNDO. Para el muchacho, el incienso;
para usted, lo positivo.

FELIX. ¡Don Facundo!

FACUNDO. ¡Jé, jé, jé!
Si conmigo no hay misterio!
Para el chico, el ministerio;
las contratas, para usted.
Vamos ¿le hago algun agravio?
¿No se aspira?... (¡Codicioso!)
¿Dije algo?

FELIX. ¡Qué malicioso!

FACUNDO. Y usted, amigo, ¡qué sabio!

FELIX. Escuche usted, don Facundo.

FACUNDO. (Ya resuella por la herida.)

FELIX. Aquel que se eleva, olvida...

FACUNDO. ¿Al que le alza? (Con su malicia habitual.)

FELIX. ¡Á todo el mundo!

FACUNDO. ¡Ya! ¡pero á usted!... ¡Eh! ¡qué tal!

FELIX. Á mí... puede que tambien.

FACUNDO. Le conozco á usted muy bien.

FELIX. Me conoce usted muy mal.

FACUNDO. Sí, sí.

FELIX. Como en la eleccion

tanto paso ha dado usted,

vóile á decir el por qué...

FACUNDO. Vamos!

FELIX. Nada en conclusion.

Él es hijo de un amigo:

está malo; y es mi intento

ver si dándole un contento

prestarle vida consigo.

Soy tutor; es mi deber.

Él nada sabe.

FACUNDO. No entiendo...

FELIX. Si saliamos perdiendo,

á qué hacerle padecer?

En una cama postrado

poco me costó ocultarle...

FACUNDO. Vaya ¿y va usted á elevarle

solo por ese cuidado?

FELIX. Sí.

FACUNDO. Pues es usted cruel.

¿Por eso á su hija lleva

á la ruina?

FELIX. Ella lo aprueba.

FACUNDO. ¡Ah!... La casa usted con él!

FELIX. Don Facun!... (Reprimiéndose.)

FACUNDO. Ya en posicion,

aunque no posee un cuarto,

¿quién sabe? ¡Su ingenio es harto!

No es mala colocacion.

FELIX. ¡Don Facundo!... Pero vamos,

ya que tanto le hecho andar,
vaya usted á averiguar
si perdimos ó triunfamos.
Estoy con cierto cuidado...

FACUNDO. Pronto de dudas saldrá.

CRIADO. Don Cárlos de Silva. (Anunciando.)

FELIX. ¡Ah!

(Respirando con fuerza.)

Que pase. Ya es diputado.

FACUNDO. ¿Cómo?

FELIX. Este le viene á ver
y mientras enfermo anduvo
nunca á visitarle estuvo...
Es... su *amigo*.

FACUNDO. ¡Qué saber!

FELIX. ¡Eh!... ¡Si esto salta á la vista!
Él sabe la novedad.
Es periodista...

FACUNDO. Verdad.

FELIX. (¡Periodista... periodista!... (Meditando.)
Luis diputado... ¡Qué afán!
Un periódico... ¿qué haré?)
Cuando entre, sálgase usted.
Me está aquí bullendo un plan...

FACUNDO. Ya, ya!

ESCENA II.

D. FELIX, D. FACUNDO.—D. CÁRLOS.

CARLOS. Señores?...

FELIX. ¡Amigo!

CARLOS. ¿Y Luis? Supe que está
malo, hoy mismo.

FELIX. Ahora saldrá.

Está mejor. (Si consigo...)

FACUNDO. Pues yo voy sin dilacion...

FELIX. Sí.

FACUNDO. (¡Yerno ministro! jé...

(Ap. á D. Félix, y dándole una palmadita en el
hombro.)

Vamos, confíeseme usted

que tengo penetracion.

FELIX. Mucha. (Con ironia.)

FACUNDO. Jé ..)

FELIX. Vuelva usted pronto.

FACUNDO. Sí. Señores?... (¿Qué hablarán?

Un periodista... y un plan?

Ó hay mácula ó soy yo tonto.) (Váase.)

ESCENA III.

D. FELIX, D. CARLOS.

FELIX. Aguarde usted. (Este chico...

(Hojea los periódicos.)

aunque carece de nombre

es un hombre... sí, es mi hombre.

Veamos si con él me explico.)

¿Y *La Concordia*, va bien?

CARLOS. ¡Pist! Vive.

FELIX. ¿Sin resultados?

CARLOS. Periódicos afamados

en provincias no se ven.

FELIX. ¿Pues cómo? (Ya es mio.)

CARLOS. ¡Pche!

FELIX. Está bien escrito.

CARLOS. Sí.

¿Pero qué quiere usted ¡Aquí!...

¡Si fuese allá!...

FELIX. (Te pillé.)

¿Y dónde es allá?

CARLOS. En la córte.

Lo escrito aquí nada vale.

Es *provinciano*. (Con amargura.)

FELIX. ¿Aunque iguale?

CARLOS. Aunque supere. Allí el norte

de toda esperanza está.

FELIX. ¿Y usted, jóven de talento,

por qué no marcha al momento

con su periódico allá?

CARLOS. ¿Y?... (Indicando dinero.)

FELIX. ¿Pues tanto ha de costar?

CARLOS. ¡Si no tuviera yo apuros!

- Con unos... doce mil duros
se podría bandear.
Pero ¿quién me los da á mí
que ni vendido los valgo?
- FELIX. ¿Y puede producir algo?
- CARLOS. Eso... (¡Qué idea!) Eso sí!
¡Lo que es hoy día en España
un periódico!... ¡ya, ya!
(¡Si le pillo!) ¡Eso hoy está...
- FELIX. (¡Niño! ¡piensa que me engaña!)
- CARLOS. Llegado á constituir,
nunca faltan suscripciones...
y luego... siempre hay santones
que le ayuden á vivir.
- FELIX. Pues siendo así...
- CARLOS. (Se clavó.)
- FELIX. No es difícil que se hallara
quien el dinero aprontara.
- CARLOS. ¿Y quién?...
- FELIX. Hombre... quizás yo.
- CARLOS. ¡Ah!
- FELIX. Produciendo el dinero... (Pausa.)
Me decido, sí señor.
- CARLOS. ¿Y seré yo director?
(Con extremada alegría.)
- FELIX. Director-gacetillero.
- CARLOS. ¿Eso á mí!
- FELIX. Es lo principal.
¿Se enoja porque la necia
plebe al *suellista* desprecia?
¿Porque se le mira mal?
¿Piensa usted que le hago agravios
al proponerle de veras
ser redactor de quimeras,
de robos y... monos sabios?
Pues oiga usted. Ese hombre
que desprecia el vulgo vano,
ese hombre tiene en su mano
poder, fortuna, renombre.
Se le desprecia y humilla;
mas este desprecio sale
de no mirar lo que vale

un suelto de gacetilla.
Genio, nobleza, dinero,
tres poderes pueden ser;
pero hay un cuarto poder,
y ese es el gacetillero.
Con su capricho por ley,
tiene ese hombre necesario
desde el rincon de un diario
todo el dominio de un rey.

CARLOS. ¡Já, já, já!

FELIX. Ria usted, ria.

CARLOS. ¿Pero es cierta esa pintura?

FELIX. ¿Usted sabe cómo cura
la moderna homeopatía?

CARLOS. Eso...

FELIX. Lleva al ataud
al enfermo un mal horrible,
y una dosis... *invisible*
da á aquel enfermo salud.
De cierto veneno sé
que un átomo solo, ardiente
mata... en verdad lentamente;
¡pero mata! ¿Entiende usted?
Yo muy claro lo contemplo:
¡nadie sube si él no ayuda!
Por si tiene alguna duda
voy á ponerle un ejemplo.
Suponga usted que el *sueltista*,
—y esto alguna vez sucede—
tiene un amigo que es... puede
suponerse que es artista.
Un cantante, un escritor
ansioso de nombre y fama,
que ha hecho un magnífico drama...
Lo segundo es lo mejor.
Coge el manuscrito, ¡asedia!
¡se rebaja! hasta es ruin!
Y de esto, ¿qué saca al fin?
que nadie oye su comedia.
Sin embargo, ¡es todo un hombre!
¡tiene la idea muy alta!
Pero le falta... le falta...

lo que le falta es un nombre.
Esto todo su plan trunca.
Va á una empresa: esta muy vana;
dice: «Vuelva usted mañana.»
—Mañana en España es nunca.—
Y vuelve... y vuelve otra vez,
y pasan meses... ¡y años!
y al fin le dan desengaños
por su perdida altivez.
Sale el drama de entre cien,
y un empresario *erudito*
le dice: «Está bien escrito.»
—El copiante escribe bien.—
«Dé usted por ahí una vuelta
y se hará el repartimiento.»
Y vuelve una vez... ¡y ciento!
«La empresa no está resuelta.»
Ya de seguirle me canso
en sus penas y aflicciones,
rodando por los rincones
de algun salon de descanso.
Allí el pobre se entretiene
con su mundo imaginario
aguardando al empresario...
y el empresario no viene.
Así el infeliz vegeta,
mientras en los corredores
boleros y avisadores
se rien del gran poeta;
que pasan y allí le ven
—¡hay cosa mas divertida?—
con la cara compungida,
una noche... y veinte, y cien!
Y ese pobre ganapan,
que se humilla, tiene vena,
y ha de sostener la escena,
y un dia les dará el pan
con su genio!—Mas perdon
si al pensar en tanta mengua
dí rienda suelta á la lengua.—
Vamos á la conclusion.
Cansarle ya mas no quiero

con mi plática indiscreta.
Supongamos que el poeta
conoce á un gacetillero.
Entrando en cuentas consigo,
casi muerto dice un dia:
«Fulano escribe en... *La Arpia*:
es buen muchacho y mi amigo.»

Va á buscarle; *c* por *b*
le cuenta su trance fiero,
y dice el gacetillero:

«Chico, yo lo arreglaré.»

CARLOS. Pist! proteccion fuera esa
de que yo no me fiara.

FELIX. Pues vea usted una cosa rara,
siempre cumple su promesa.
Las manos los dos se dan;
y en aquella misma noche,
á propósito de... un coche
que atropelló á un sacristan,
cita dos versos del drama,
estos ú otros diferentes:
«¡Que tantos inconvenientes
ha de hallar siempre quien ama!»
Serán recursos perversos;
mas si bien se considera,
el lector, quiera ó no quiera
lee el título y dos versos,
porque á su vista se ponen,
y exclama al verlos quizás:
»¡Jé!, jé, jé! un dramita mas!
¡Cuántos dramas se componen!»

Al dia siguiente vé
la siguiente nota ya:
«En el teatro de A
se ha entregado el drama B.
Excelentes versos tiene
y escenas de sentimiento;
que es un jóven de talento
su autor don N. de N.»
Á los cuatro dias, todos
los periódicos admiten
la noticia, la repiten

y comentan de mil modos.
«Mal con el arte se aviene
que á mezquinas traducciones
se pospongan producciones
como el drama de don N.
¡Siempre veneno y pistola!»
escribe el genio indigesto.
Y hay ya quien dice: «¿Qué es esto?»
Y hay ya quien exclama: «Hola!»
Pues de esta curiosidad
conocerá usted de sobra
que va adquiriendo la obra
cierta... popularidad.
No ha pasado la decena,
y ya *La Arpia* contiene:
«El gran drama de don N.
se va poner en escena.»
La empresa, que es tonta ya
de entrada ve algun preludeo,
y anuncia: «Se halla en estudio
el drama nuevo B. ó A.»
«Ayer se leyó en tal parte...»
—otra arma *La Arpia* esgrime,—
«tal obra, es la mas sublime
gran aspiracion del arte.
La escena en que cae el rayo
nos hizo llorar.» Y fiel
á su voz dice el cartel:
«La obra cual está en ensayo.»
«Se dice... —escribe *La Arpia*,—
que se ha de estrenar el treinta.»
Y el cartel: «Hay ya de ventá
palcos en contaduria.»
En los sueltos está el quid:
yo lo aseguro, y me fundo
en que algo conozco al mundo
y mas que al mundo á Madrid.
Como el drama es bueno, peta,
y á la octava maravilla
lo iguala la gacetilla.
Ya es hombre nuestro poeta.
Ya alza la frente altanero

libre de humillante traba.
El nombre que le faltaba
se lo dió el gacetillero.
Y el empresario inhumano
y los que á la empresa cercan,
para hablarle se le acercan
con el sombrero en la mano.
Ganoso de gloria y fama
iergue el encorvado talle
cuando exclaman por la calle:
«¡Ese es el autor del drama!»
Y al ver esta maravilla
y aquel prodigio de ingenio,
dicen todos: «¡Genio! ¡genio!»
¡Gacetilla!... ¡gacetilla!
Ella sola en nuestra edad
de dar renombre se encarga.
Es una verdad amarga,
pero es una gran verdad!

CARLOS. Sí, muy grande, caballero.

FELIX. Conozco el mundo y lo fio.
Ahora bien, amigo mio,
¿será usted gacetillero?
Un cetro le ofrezco: el modo
se lo acabo de explicar.
¿Desea usted dominar
ciencias, política, todo?
Pues bien, coja usted la pluma;
nada mas es necesario:
desde el rincon de un diario
al mundo entero se abruma.

CARLOS. Acepto.

FELIX. Entre las *esópicas*
fábulas que ha de inventar,
necias siempre, al redactar
novedades... microscópicas,
abordará frente á frente
todas las cuestiones.

CARLOS. Sí!

FELIX. Y se alzaré usted allí
oscuro... pero potente!

CARLOS. ¡Sí, sí!

- FELIX.** Luego el humillado
podrá á su vez humillar,
y altanero despreciar
á los que le han despreciado.
- CARLOS.** Negocio hecho.
- FELIX.** (¡Pues no!)
Hay condicion. Un momento.
- CARLOS.** En todo, en todo consiento.
- FELIX.** (Así lo esperaba yo.)
Habrá que elevar á alguno
que no es escritor. El modo
ya expliqué.
- CARLOS.** Consiento en todo.
- FELIX.** ¿Sin reparo?
- CARLOS.** Sin ninguno.
- FELIX.** Es un jóven diputado
de esperanzas.
- CARLOS.** ¡Ya!
(Como el que oye una cosa sabida.)
- FELIX.** Novel;
mas llamado á hacer papel.
En el que habremos fundado,
ni por rara maravilla
un dia se ha de pasar
sin á su gloria aplicar
mis planes de gacetilla.
Que todos sepan quién es,
que brille, que se le nombre,
que adquiera en fin un renombre,
y... ya veremos despues.
Voy el dinero á contar.
- CARLOS.** (Al fin camino á mi centro.)
- FELIX.** Luego búsqieme allá dentro,
que aun hay mucho que arreglar.
Á Luis sin mas detencion
avisaré su llegada;
mas no le diga usted nada
relativo á su eleccion.
- CARLOS.** ¡Cómo! ¿Es él? (Con fingida admiracion.)
- FELIX.** ¡Pues ya se vé! (Con maligna sonrisa.)
- CARLOS.** ¿Conque es Luis el elegido?
- FELIX.** ¿No lo habia presumido?

¡Oh! ¡Qué inocente es usted! (Vase.)

ESCENA IV.

D. CARLOS.

¡Ya soy hombre! ¡En un periódico
de la corte! ¡Qué fortuna!
El artículo de fondo...
es gran cosa! ¡Y á quién gusta?
¡Quién lo lee? El que lo escribe.
Verdad palpable aunque dura.
¡La gacetilla!... ¡Oh! ya eso...
eso ya de especie muda.
La leen todos: en ella
cualquiera opinion se funda.
¡Ya soy hombre! Á Luis cogido
subiré como la espuma.

(Al ver salir á Luis se dirige á él con afectada sol-
licitud. Luis sale por la derecha muy abatido.)

ESCENA V.

CARLOS, LUIS.

LUIS. ¡Oh Carlos!

CARLOS. ¡Amigo mio!

¿Cómo estás? te encuentro pálido.

LUIS. Ya estoy mejor.

CARLOS. (Con sollicitud.) No, no, siéntate:
aquí. ¡Los aires colados!...
Dispensa si no he venido
hasta hoy á verte, ignorando
tu enfermedad.

LUIS. ¡Eh! tú siempre
conmigo estás dispensado.

CARLOS. Eso no, Luis: los amigos
servimos para estos casos.
Hasta que á la calle salgas
ya de esta casa no salgo.

espera á usted en su cuarto.
CARLOS. Voy al momento. Hasta luego.
Conque en lo dicho quedamos. (Váse.)

ESCENA VII.

LUIS, MARGARITA.

MARG. ¿Qué tal? te encuentras mejor?
LUIS. Como siempre que te hablo.
MARG. Vaya, no se altere usted:
señor enfermo, cuidado.
No va mal ese semblante.
LUIS. ¿Puede haber mal á tu lado?
MARG. ¿Galanteria?
LUIS. Pasion.
MARG. ¿De veras?
LUIS. ¿Puedes dudarlo?
MARG. Qué sé yo.
LUIS. ¡Siendo tan bella!
¡Siendo tan divina!
MARG. Vamos!
LUIS. ¿Quién me lo fia?
LUIS. Un espejo.
MARG. ¡Ay, el cristal miente tanto!
LUIS. Mírate en mi corazon.
MARG. ¿Estoy, pues, allí?
LUIS. Incendiando.
MARG. ¿De veras?
LUIS. ¡Oh! ¡Dios lo sabe!
MARG. Señor enfermo... cuidado.
LUIS. Sin los tuyos, ¿viviria?
Mira si estaré adorando
y si podrás en mi alma
ver tu divino retrato.
MARG. ¡Eh, no hables mas de esas cosas!
LUIS. No?
MARG. ¿Lo merecen acaso?
Si fija á tu cabecera
constantemente he velado,
¿no da á mi afan tu cariño
mas que suficiente pago?

- LUIS. ¿Con que me quieres?
MARG. ¿Pues no?
LUIS. Y tanta gloria alcanzando
nunca he de poder ¡Dios mio!
completarla con su mano?
MARG. ¿Y por qué?
LUIS. Mi posicion...
MARG. Jóven, instruido, honrado...
No sé qué te falta.
LUIS. ¡Ah!
Me falta hacienda.
MARG. ¡Luis! vamos!
estás con la calentura
y otra vez ya delirando.
¿Papá no te mira á tí
como á un hijo?
LUIS. Demasiado.
MARG. Si mi mano le pidieses,
¿te la negaria acaso?
LUIS. No.
MARG. Pues entonces...
LUIS. Entonces...
no la pediria.
MARG. ¿Amando?
LUIS. Amando mucho. Los bienes
de que siempre me ha colmado,
no merecen, Margarita,
que yo le diera ese pago.
Para ser digno de tí
estoy, bien mio, muy bajo;
y, ó no serás nunca mia
ó subiré yo muy alto.
MARG. ¡Por Dios!
LUIS. Sí; para pedir
al que todo me lo ha dado
su hija, que merece mucho,
y es su vida, y es su encanto,
una posicion me falta.
MARG. ¡Luis!
LUIS. Por eso he estado malo.
MARG. Yo te quiero á tí por tí.
LUIS. ¡Margarita! (Tomándole una mano.)

MARG. ¡Ea, ánimo!
Si no... me pido yo misma
y hemos salido del paso.

ESCENA VIII.

MARGARITA, LUIS.—D. FELIX, CÁRLOS. D. Félix y Carlos aparecen en el foro, yéndose el segundo en seguida que oye el primer verso. Luis y Margarita se separan rápidamente. Don Félix se adelanta poco á poco contemplándolos y sonriendo. Ellos lo miran y bajan los ojos al encontrarse con sus miradas.

FELIX. Vuelva usted pronto (y silencio).
¡Hola, enfermo, ¿qué tal vamos?

LUIS. (¡Ah!) Mejor. (Turbado.)

FELIX. Ya se conoce.

(Con afectuosa malicia.)

LUIS. (Sospecha...)

FELIX. (¡Pobres muchachos!)

¿Qué tienes, hombre?

LUIS. Yo... nada.

MARG. Es que...

FELIX. ¿Tambien tú? Veamos.

MARG. Es, papá... que Luis me quiere.

(Turbada al principio; con resolución despues.)

FELIX. Bien, eso...

MARG. Y que yo le amo.

FELIX. ¡Hombre! ¡Quién lo creeria!

¡Los dos disimulais tanto!

Pero eso al fin no es motivo
para estar tan cabizbajos.

LUIS. (¡Cuánta bondad!)

MARG. Con que tú...

no repruebas... (Muy alegre.)

FELIX. Al contrario.

Mas estar triste...

MARG. Es porque...

(Mirando al suelo.)

teme pedirte mi mano. (Resueltamente.)

FELIX. ¡Ah! ¿Lo teme? Bien.

- MARG. Y yo
de hacerlo por él me encargo.
- FELIX. ¿Oficialmente?
- MARG. Sí.
- FELIX. Si?
- Pues... la niego.
- MARG. ¡Ah!
- LUIS. ¡Cielo santo!
- FELIX. Si es que lo desea mucho,
después que yo le haya hablado
bien puedo volverme atrás.
- MARG. ¿Es decir?...
- FELIX. Que lo aplazamos
para cuando tú nos dejes.
- MARG. y LUIS. Pero...
- FELIX. Sé demasiado
que tu presencia pudiera
hacerle aceptar acaso
condiciones que tal vez
no admita de tí lejano.
- MARG. ¡Oh! Luis todas las acepta.
- LUIS. ¿Cómo pudieras dudarlo?
- FELIX. (¡Pobres niños!)
- MARG. ¡Pues adios!
- Hablen ustedes despacio.
(Acariciando á D. Felix.)
- LUIS. (¡Qué felicidad!)
- MARG. (¡Qué dicha!)
- Señor enfermo... cuidado. (Desde la puerta.)

ESCENA IX.

LUIS, D. FELIX.

- FELIX. Arrima esa silla acá;
siéntate y escucha atento.
- LUIS. Diga usted.
- FELIX. Es largo el cuento.
Calma, pues de cuento va.
Amigo de tu buen padre
te me fió al espirar:
¿pudieras, Luis, encontrar

tutor que mejor te cuadre?

LUIS. ¡Señor!

FELIX. Ni aun dejó Rivero
caudal con que te educara...

(Luis hace un movimiento.)

No es esto echártelo en cara,
si no probar que te quiero.

De niño tívete al lado
como á un hijo, hasta en el nombre;
luego, viéndote hecho hombre,
una carrera te he dado.

LUIS. Mi gratitud...

FELIX. Déjala.

Eres hijo de mi amigo
y sabes por qué lo digo.
Calma, pues de cuento va.
Sondando tu corazon,
que siempre en los labios pones,
ví entre todas tus pasiones
dominando la ambicion.

(Á otro movimiento de Luis.)

—Calma, repito!— Inquirir
sin corregir no es afecto:
corregir quise en efecto
y no logré corregir.

No pudiendo el mal cortar
debí darle direccion:
noble campo á esa ambicion
restábame solo hallar.

Pon en las manos el alma
y dí si me equivoqué.

LUIS. Yo, señor...

FELIX. Bien: ya lo sé.

Si ambicionás, oye, y calma.
Con paciencia, astucia, amaños,
voluntad y fingimiento,
llega un hombre de talento
á ministro en veinte años.
Pensé en serlo á los cuarenta,
seguí con ardiente brio,
y si aun quisiera, hijo mio,
gobernara á los sesenta.

LUIS. Con que querer?..
FELIX. Es poder.

LUIS. Nada hay que me ponga espanto.
¿Y para llegar á tanto,
qué es lo que se debe hacer?

FELIX. Lo primero ambicionar.

LUIS. Para Margarita un mundo.

FELIX. Lo segundo .. lo segundo
es muy largo de contar.
Un dia, de calma bastiado,
dije: «¡afuera vida ociosa!
Hagámonos... cualquier cosa...
hagámonos diputado.»

Y con mi ambicion, demente,
al tocar ese registro
soñaba con ser ministro,
¡y ministro presidente!
Hoy se cumplen doce años
desde que empecé ese plan
de que alejándome van
achaques y desengaños.
¿Mas se logra?

LUIS.

FELIX.

El que se empeña
logra siempre lo que fragua,
porque una gota de agua,
agujerea una peña!

LUIS.

FELIX.

Es cierto,
¿No lo ha de ser?

Ahora, pues es tu destino,
voy á enseñarte el camino
porque se llega al poder.

Lo primero y principal
que tienes que conseguir,
es llegarte á introducir
en la junta electoral.

El primer año, seguro,
ninguno repara en tí;
el segundo, así, así;

el tercero, ¡te lo juro!
en pago á tantos sudores
como ya te habrá costado,
tú eliges el diputado,

no los pobres electores.
¡Que fuiste, tras de vocal,
secretario inteligente,
y, lo que es mas, presidente
de la junta electoral!
Allí tus discursos bellos
te hacen de todos amigo,
y cuando piensan contigo
piensan que piensas con ellos.
Prosigues haciendo el bú,
ya intrigando, ya influyendo,
y eligiendo... y eligiendo...
hasta que te eliges tú.

LUIS. Oh!...

FELIX. ¡Tantos lo han hecho ya!

LUIS. Y eso una vez conseguido
se brilla, se es aplaudido.

FELIX. Oye, que de cuento va.
El que así logró subir
á tan elevada esfera
debe pillar la cartera.

LUIS. ¿Y cómo?...

FELIX. Lo vas á oír.

Como sucede en el dia,
en el Congreso al entrar
por precision has de hallar
mayoria y minoria.

Pero, como en cualesquiera,
hay en las Córtes presentes
diputados disidentes
sin jefes y sin bandera.

El que ambiciona, en el acto
debe, sin mirar partidos,
de estos miembros divididos
formar un cuerpo compacto.

Cuesta mucho: mas firmeza;
lo difícil no te asombre.

Despues... se busca un buen hombre
y se pone á la cabeza.

—¡Que sea viejo!—Consejero
eres suyo, aunque invisible,
y él es el jefe ostensible

y tú el jefe verdadero.
Así, envuelto en el misterio,
con puesto firme y seguro,
en viéndole en un apuro
guerra á muerte al ministerio.
Cuando llegue una cuestion
en que matan las derrotas,
con la minoria votas
y ganais la votacion.
Entonces fácil encuentro
que prefiera gente cuerda
á la bulliciosa izquierda
el sesudo y grave centro;
y entre rüinas y escombros
se eleve al fin tu *hombre-nombre*:
en tal caso, si eres hombre,
encarámaté en sus hombros.

LUIS.

¡Sí! por medios tan extraños
una vez en el Congreso...

FELIX.

Qué es menester para eso?
Mucha calma y muchos años.

LUIS.

¡Oh!...

FELIX.

Al oirlo decir
te figuraste quizás,
hijo, que no habia mas
que llegar y conseguir?
Talento y habilidad,
solo triunfan á la larga.
Es una verdad amarga;
pero es una gran verdad.
¡Á la larga!... Si la vida
no fuera tan corta...

LUIS.

FELIX.

Fuera
peor.

LUIS.

¡Mas se consiguiera
gozar la gloria adquirida!
Trabaje usted veinte años
sobre mi edad. ¿Á qué edad
gozaré celebridad?

FELIX.

Á la de los desengaños.
¡Cuarenta y cinco! Ve ahí
una edad desesperada...

- LUIS. Á esa edad, pues...
- FELIX. (Por el corazón.) Aquí nada.
- LUIS. ¿No?..
- FELIX. Porque todo está aquí. (Por la cabeza.)
Ya ves, juzgo por mí mismo.
¿Al llegar á la victoria
piensas alcanzar la gloria?...
Gloria!... Sí!... positivismo. (Con amargura.)
De modo que al conseguir
no eres capaz de apreciar
y el frio te empieza á helar.
Ahora bien, ¿quieres subir?
- LUIS. Con ánsia.
- FELIX. Á pesar de ver?...
- LUIS. Lo quiero á pesar de todo.
- FELIX. Te conocia. De modo?...
- LUIS. Que estoy resuelto á emprender.
- FELIX. Para malgastar tus años
tras una sombra corriendo,
y alcanzar cuando muriendo
estés ya de desengaños!
Bien: ya tú me lo dirás (Mudando de tono.)
si esto llega á suceder.
Tú ambicionas?..?
- LUIS. El poder.
- FELIX. Si lo ansías, lo tendrás.
Eso no me maravilla,
ya adiviné lo que quieres.
Por eso á esta fecha eres
diputado por Sevilla.
- LUIS. ¡Yo!!!
- FELIX. Sí. Vas por el atajo: (Con frialdad.)
mandarás jóven.
- LUIS. ¡Qué escucho!
- FELIX. Que yo he trabajado mucho
y hoy te cedo mi trabajo.
Sosiégate: reflexion,
frialdad; si quieres ser
buen ministro, has de tener
nieve en vez de corazón.
Este y la ambicion no van
por unas mismas veredas:

mátatele como puedas.

¿De qué sirve? ¡Necio afán!

Una vez bien amarrado

¡se goza!... ¡Sentir! ¿Á qué?

El que siente siempre fué
en la tierra desgraciado.

LUIS. ¡Gracias, gracias!

FELIX. No las des.

Te hago mucho daño así.

Mas si has de morirte aquí,
vete... y veremos despues.

LUIS. ¡Diputado!... ¿Y Margarita?

¿Podré ahora esperar?...

FELIX. Segun.

(Se acuerda aunque tarde.) Aun

es jóven... y necesita

para casarse el teatro

de este mundo conocer.

Ya te podré responder

de aquí á tres años ó cuatro.

ESCENA X.

DICHOS, CÁRLOS, D. FACUNDO.

CARLOS. ¿Conque diputado él?

(Á D. Facundo en el foro.)

FACUNDO. (Mayoría. (Á D. Félix.)

FELIX. Bien.)

CARLOS. ¡Amigo! (Á Luis.)

FELIX. (Hé aquí un chico que promete.)

FACUNDO. Reciba usted mi cumplido
parabien.

LUIS. Gracias.

CARLOS. Los dos
saldremos un dia mismo.

Yo tambien voy á la córte.

LUIS. ¿Tú tambien?

FACUNDO. ¿Usté? (Aquí hay lio.)

CARLOS. Me llaman para un periódico.

FACUNDO. (¡Hola! ¡hola! ¿Periodiquito? (Á D. Félix.)

FELIX. No sé.

FACUNDO. ¡Inocente!) (Aquí hay plan.)

Cárlos, me alegro muchísimo.

CARLOS. Tantísimas... Si es que en algo puedo...

FACUNDO. Digo á usted lo mismo.

FELIX. ¡Así me gusta! Los jóvenes deben abrirse camino.

FACUNDO. (¿Te gusta? ¿Eh? ¡Ah! ¡La Bolsa!... (Meditando.)
Estos chicos... estos chicos...)

Hombre, pues quizá me anime (Con rapidez.)
y haga también un viajillo.

FELIX. ¿Sí?

FACUNDO. Tengo yo acá unos planes...
(Como usted.)

FELIX. ¡Oh! ¡sí! los míos...

FACUNDO. ¡Cuáles! (Con extremada curiosidad.)

FELIX. Estarme en Sevilla.

FACUNDO. Pues, y ellos allá...

FELIX. Exactísimo.

FACUNDO. Usted manda un periodista
y un aprendiz de ministro.

¿Hay proyectos financieros?

FELIX. Sí.

FACUNDO. Ya estaba acá.

(Llevándose la mano á la frente.)

FELIX. ¡Qué pillo! (Con sarcasmo.)

FACUNDO. ¿Y usted?...

CARLOS. Pero mira, Luis,

que no seamos motivo

á detenerte. En la sala

te esperan varios amigos

que han sabido tu eleccion...

FELIX. Aun tiene que hablar conmigo.

Háganme ustedes el gusto

de en su nombre recibirlos,

que irá pronto.

LUIS. Sí, que esperen. (Con naturalidad)

FELIX. (¡Ya dice que esperen! ¡Lindo!)

CARLOS. Pues hasta luego.

FACUNDO. Hasta luego.

(Este viejo es un prodigio.)

ESCENA XI.

D. FELIX, LUIS.

FELIX. ¿Y cómo te sientes?

LUIS. Bueno.

Ya soy otro, ya respiro.

FELIX. Bien.

LUIS. Á usted lo debo todo.

FELIX. Y á tí. Pues como decíamos...
Margarita...

LUIS. ¡Ah! ¡Margarita!...

(¿Cómo la he puesto en olvido?)

FELIX. Es muy niña. Yo quisiera,
y de tu afecto lo exijo,
que la digas que te he expuesto
muy poderosos motivos
para dilatar un poco...

LUIS. Pero...

FELIX. Apelo á tu cariño.

LUIS. Haré cuanto usted me mande.

FELIX. ¡Margarita! Gracias, hijo. (Llamando.)
¡Margarita!...

ESCENA XII.

DICHOS.—MARGARITA.

MARG. Aquí estoy yo. (Muy alegre.)

FELIX. (¡Pobrecilla!)

MARG. ¿Qué hay?

LUIS. (¡Dios mio!)

MARG. ¿Qué hay?

LUIS. Qué... (Turbado.)

FELIX. Que se nos marcha.

MARG. ¡Cómo! (Como herida de un rayo.)

LUIS. Te diré...

FELIX. Ha salido

diputado.

- MARG. ¡Diputado!
- FELIX. Y se aleja de estos sitios.
- LUIS. La patria...
- FELIX. (¡Ya está en sus labios!)
- MARG. ¡Y te vas!
- LUIS. Con tal motivo...
- Pronto volveré.
- FELIX. De aquí
- á tres años.
- MARG. ¡Oh Dios mio!
- ¡No me ama!
- FELIX. ¡Margarita!
- LUIS. ¡Oh! (¡Qué cruel sacrificio!)
- Te adoro y renuncio...
- FELIX. ¡Luis!
- ¿Es eso lo prometido?
- MARG. ¿Con que tú le obligas?...
- FELIX. ¡Yo!
- (¡Me faltaba este martirio!)
- (Con dolor y sorpresa.)
- ¡Yo, sí! Mas ve, que te esperan.
- Es asunto concluido.
- LUIS. ¡Don Felix!
- MARG. ¡Padre!
- FELIX. (¡Firmeza!)
- Despues te daré, hijo mio,
- planes de gobierno, cartas,
- en fin, cuanto te es preciso.
- Tengo allí gran influencia
- por un verdadero amigo,
- que debiéndome la vida
- no es ingrato á mi servicio.
- Tengo á mi sobrina Hortensia,
- viuda opulenta de un título,
- la que podrá introducirte
- en todos los altos círculos.
- Tengo... Pero ya hablaremos:
- ahora á recibir cumplidos.
- MARG. ¡Mas qué obsta el ser diputado?
- ¿Quién nos impide seguirlo?
- FELIX. ¡Yo!
- MARG. y LUIS. ¡Ah!

FELIX.

¡Vaya usted, que esperan,
y no es justo, señor mio!

(Al marcharse Luis, Margarita le sigue con la vista,
él vuelve la cabeza y ella le dirige miradas supli-
cantes y le hace señas. D. Félix se interpone entre
ellos y hace marchar á Luis.)

ESCENA XIII.

MARGARITA, D. FELIX.

MARG.

¡Padre! (Transida de dolor.)

FELIX.

¡Calla! que me matas.

MARG.

¿Te conmueves? ¿Por qué es esto?

FELIX.

Porque el Señor lo ha dispuesto.

MARG.

¡Es pobre!

FELIX.

¡Qué mal me tratas!

MARG.

¿Me quieres?

FELIX.

¡Que si te quiero!

¡Calla! que me falta fuerza;
y harás que mi intento tuerza,
y harás tu mal venidero.

MARG.

¿Quién te hace así proceder?

¿Qué te obliga?

FELIX.

Desengaños.

Tú tienes muy pocos años,
no me vas á comprender.

MARG.

¡Habla!

FELIX.

Tu Luis va á subir...

MARG.

Sí.

FELIX.

¿Por qué de esto me encargas?
Son verdades tan amargas
que no las quiero decir.

MARG.

¡Habla!

FELIX.

Es cosa muy crüel.
Tú juzgas el mundo bueno;
y á verter voy en tu seno,
pobre niña, mucha hiel.
Despues que me hayas oido,
si entiendes mis expresiones,
las mas caras ilusiones
de tu pecho habrán huido.

¡Calla... por última vez!
que si no escuchas mi ruego,
echaré en tu infantil fuego
el hielo de mi vejez.

MARG. ¡Habla!

FELIX. Tu Luis va á subir;
y en posicion elevada
no se acordará de nada.

MARG. ¡Ah, no! ¿Qué vas á decir?
Es bueno.

FELIX. Tiene ambicion,
y aunque yo al mejor lo igualo,
el hálito de lo malo
pudrirá su corazon.
Sin mi apoyo decidido
nunca se hubiera elevado;
pero yo no he vacilado
entre su muerte y su olvido.
Si tú deseas que aquí
se quede siempre...

MARG. ¡Qué escucho!

FELIX. Dímelo. Él te quiere mucho,
no se apartará de tí.

MARG. ¡Oh! ¡gracias, gracias! Creia
verlo de mi amor ausente,
y que este riesgo inminente
remedio ya no tenia.
Que se quede, padre; yo
le amaré mas que á mi vida;
y tú verás cómo olvida
esas ambiciones.

FELIX. No.

Ese mal de la ambicion
que hace al alma tanto daño,
curarálo un desengaño,
pero nunca otra pasion.
Marcha por sendas andadas,
va siempre con pasos fijos,
para él no hay padres, ni hijos,
ni hay hermanos, ni hay amadas.
Siempre con afan creciente,
siempre con furia incesante,

en cuanto mira delante
ve solo un inconveniente.
Brillar, vivir de este modo
y ceñirse una corona...
esto para el que ambiciona
es amor, es dicha, es todo.

MARG. ¡Que viva! ¡que goce! sí,
aunque me haga padecer;
mas yo no puedo creer
que nunca me olvide á mí.

FELIX. Margarita, la pasion
que tu alma divina siente,
muera en flor hoy que es naciente,
mata esa hermosa ilusion.
Yo tambien sentí mi pecho
á la ambicion paso abrir:
yo tambien pude subir...
¿Sabes por qué no lo he hecho?
Fué porque me conocí;
por no ser á nadie infiel;
porque como dudo de él
dudaba entonces de mí.
¡Perdon! sé que te incomodo;
pero, hija mia, es verdad:
se olvida amor, amistad,
afecciones... ¡todo! ¡todo!
¡Padre!

MARG.

FELIX.

Aun es tiempo. Si quieres,
él te ama y no partirá.
Su ambicion le matará;

MARG.

mas sé feliz. ¿Qué prefieres?
¡Que viva! ¡que brille! ¡sí!
Que viva con su esplendor,
aunque me mate el dolor,
aunque se olvide de mí.

FELIX.

¡Bien, hija! ¡Gran corazon!
¡Bien! ¡Sí, los dos sufriremos,
los dos juntos lloraremos!

MARG.

FELIX.

¡Padre!

¡Maldita ambicion!!!

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Sala en casa de Hortensia: dos puertas al foro; la de la derecha conduce á la calle; la de la izquierda á los salones de baile. Puertas laterales; la de la derecha da á las habitaciones de D. Félix; la de la izquierda al interior de la casa. Mucho lujo y gusto en el mueblaje. Sobre un velador habrá infinidad de libros magníficamente encuadernados. La galería del foro estará adornada, lo mismo que la sala, con multitud de macetas de flores, é iluminada por multitud de bujias colocadas en arañas y candelabros.

ESCENA PRIMERA.

MARGARITA, HORTENSIA.

(La primera leyendo: la segunda arreglándose el tocado delante de un espejo.)

MARG. «¡Ay! amores de la tierra
son mentira y humo vano;
quien en ella los perdiere
vaya en el cielo á buscarlos!»¹
¡Ay!...

¹ Estos cuatro versos pertenecen á la lindísima balada *El alma de Cecilia*, del señor D. Antonio Arnao, uno de los jóvenes poetas líricos que mas dias de gloria han de dar á la literatura española. (20 de Enero de 1853.)

HORTENS. ¿Qué tienes, prima?

MARG. Nada.

HORTENS. Ese suspiro... ese llanto?...

MARG. La balada que leía
es muy triste.

HORTENS. No he escuchado.

MARG. Pinta el alma de una niña,
que vaga en montes y lagos:
y esa pobre niña ha muerto
porque la olvidó un ingrato.

HORTENS. ¡Ah! no arrancaba esas lágrimas
de la olvidada el quebranto:
no sus penas, Margarita,
las tuyas estás llorando.

MARG. Ahora espero mas que nunca.

HORTENS. ¡Tú esperar!

MARG. ¿Puedes dudarlo?

Ausente, su corazón
los negocios me robaron;
pero va á verme: él me amaba:
yo era su vida y su encanto...
¡Oh!... mi vista hará que vuelvan
los tiempos que ya volaron.

HORTENS. Sí.

MARG. ¿Sin tan bella esperanza
viviera, Hortensia, há dos años?
Cuando dejó de escribirme,
á su ambicion entregado,
pensé sucumbir de pena
á solas con mi quebranto.

HORTENS. Pero ahora...

MARG. Una mañana
iba angustiada llorando
por aquel jardín que tantas
recorrí asida á su brazo.
Cada flor un juramento,
una ilusion cada árbol
me recordaban... ¡Oh! dije,
no puede haberme olvidado.
Iré á Madrid; le veré;
volveremos á adorarnos...
Persuadí á mi padre, y ya

se acerca el momento ansiado.
Voy á verle.

HORTENS. Y me prometo
que sereis felices ambos.
No te olvidó: el ministerio
es, prima, pesado cargo;
y si dejó de escribirte...

MARG. Es que no pudo.

HORTENS. (Dios santo!
¿Quién esta ilusion la quita,
si de ella vive há dos años?)

MARG. ¿Vendrá ya?

HORTENS. De los primeros
que acuda le he suplicado.
El baile empieza á las once.

MARG. ¡El tiempo va tan despacio!

HORTENS. (¡Gran Dios! ¡si al verla olvidara
el amor que me ha mostrado!)

MARG. ¿Hortensia, qué tal estoy (Pausa.)
con este vestido blanco?

HORTENS. ¡Encantadora! Esta noche
eres reina del sarao.

ESCENA II.

DICHAS.—D. FACUNDO.

(Bien vestido: una moda atrasada; pero sin tocar en lo ri-
diculo.)

FACUNDO. ¿Señora Marquesa?

HORTENS. ¡Oh!
Aqui está el buen don Facundo.

FACUNDO. Pero... pero... ¡Señorita!
¿cómo usted por estos mundos?
¿Y el señor don Félix?

MARG. Bueno.

FACUNDO. (¡Hola!) Lo celebro mucho.
(¿Que traerá este viejo aquí?)

MARG. ¿Y usted?

FACUNDO. Pasando. (¡Qué cuco!)

HORTENS. ¿Y qué hay de nuevo?

FACUNDO. Aunque nada sé de cierto, lo presumo.

Para el nombramiento de una comision, que antes de mucho deberá dar su dictámen sobre un importante asunto del que pende la caida, bien de todos, bien de algunos de los ministros, reuniéndose está en este mismo punto el parlamento en secciones.

MARG. ¿Y Luis?

FACUNDO. Cual nunca seguro.

En pugna con sus colegas sobre ese importante asunto, presentó su dimision. Ellos, siguiendo este impulso, han entregado las suyas, sin que hasta ahora á ninguno se le haya admitido. Pero de su caida ó su triunfo, el nombramiento de esa comision será el augurio evidente. Todos saben, y yo sé por buen conducto, que es de don Luis la victoria.

HORTENS. ¡Sí!

FACUNDO. ¡Si el parlamento es suyo! Cárlos Silva el diputado, que es su hechura, con buen pulso dispone del centro: así don Luis no conoce apuros.

MARG. ¡Ay Dios! ¿No vendrá esta noche?

FACUNDO. Sin inconveniente alguno.

Antes bien, como el negocio es tan personal, no dudo que del Congreso apartado y del baile en el tumulto, quiera aparentar que allí no deja sentir su influjo.

Él descansa en Cárlos. (Vamos,

vienen á coger el fruto.)

HORTENS. Mira, Margarita, ya es hora. Entremos, que muchos comenzarán á venir.

MARG. Bien.

HORTENS. El señor don Facundo disimulará...

FACUNDO. ¡Señora!
Yo soy un criado suyo.

HORTENS. Tenemos que recibir... (Vánse.)

FACUNDO. Á los piés de ustedes. Mucho me da en qué pensar... El viejo... la niña aquí... Vamos!... dudo que logren... Á la marquesa no la arrebatan el fruto de su conquista... y Luis quiere un título. ¡Qué mundo!

FELIX. ¡Don Facundo!

FACUNDO. ¿Quién? ¡Don Félix!
(Haciéndose de nuevas.)
¿Usted aquí? (Disimulo.)

ESCENA III.

D. FACUNDO. — D. FELIX.

FELIX. Como ve.

FACUNDO.. ¡Cuánto me alegro!
(Tambien acude á la viña.)
¿Y ha traído usted á su niña?

FELIX. Sí.

FACUNDO. ¿Seremos pronto suegro? (Con malicia.)

FELIX. Puede.

FACUNDO. (Este hombre es un abismo.)
Pero no habia observado...
Está usted desmejorado.

FELIX. ¡Sí, y usted siempre lo mismo!
(Con marcada intencion.)

FACUNDO. Pues, pasando y nada mas.

FELIX. ¿Y qué tal? ¿Se hace negocio?

FACUNDO. El que no se entrega al ocio no pierde el tiempo jamás.

- FELIX. Mis cartas...
- FACUNDO. Sopla otro viento.
- FELIX. ¿Cómo? Luis...
- FACUNDO. Hacer me deja.
Pero yo no tomo queja.
¡Me recibió tan atento!
- FELIX. (¡Bien me lo temia!)
- FACUNDO. ¡Eh!
no perdiendo el viaje...
- FELIX. Tuvimos un disgustillo.
- FACUNDO. ¿Cómo? (Con mucha curiosidad.)
- FELIX. Y lo ha pagado usted.
- FACUNDO. ¡Bah, bah!
- FELIX. ¡Pobre don Facundo!
(¡Ah!)
- FACUNDO. ¿Y en quién vino á caer?
¿Pero qué le hemos de hacer?
Estas son cosas del mundo.
- FELIX. Aun cuando de relaciones
íntimas hay que esperar,
no se puede confiar
en las recomendaciones.
Al amigo mas fiél,
si á otro amigo suyo abona,
apreciándole en persona
se le desprecia en papel.
¡Pobre don Facundo!
- FACUNDO. ¡Bah!
Tengo mas de lo que traje.
No perdiéndose el viaje,
adelante, y bueno va.
Yo he hecho mis observaciones;
y á la edad que Dios me ha dado
no venia confiado
en las recomendaciones.
Si pegaba, bien está;
pillo el destino, y adios;
si no.. ¡esta tierra de Dios
para todo justo da!
Aquí se abren mil caminos
que yo mejores contemplo.
- FELIX. Lo celebro.

leci

FACUNDO. Por ejemplo:
Bolsa, agencia de destinos...
Pero aun estamos de pié.

FELIX. Voy buscando á la marquesa.

FACUNDO. ¿Señor, á qué tanta priesa?

FELIX. Negocios...

FACUNDO. ¡Aguarde usted!
¿Conque la niña ha venido?

FELIX. Sí, por ceder al deseo
de su prima.

FACUNDO. ¡Ya lo creo!
Esa si que me ha cumplido.

FELIX. Bien.

FACUNDO. La señora marquesa
del vulgo en esto se aparta:
recibióme; vió la carta;
no me hizo ni una promesa.
Pero me abrió sus salones,
de la aristocracia centro,
y desde entonces me encuentro
con muy buenas relaciones.
Don Luis al contrario obró;
y apenas dije mi nombre
salió, mas viento que hombre,
y gozoso me abrazó.
Aseguróme mil veces
emplearme al otro dia:
acudí... y no recibia...
Así he pasado tres meses.

FELIX. Paciencia tuvo usted harta.

FACUNDO. El empleo era mi norte.

FELIX. ¡Ay del que viene á la córte
confiado en una carta!
Acuden con la ansiedad
del demente que delira,
y tocando su mentira
aprenden una verdad.
Todos aquí su esperanza
cual fuego fátuo persiguen;
y por mil que no consiguen
tal vez hay uno que alcanza.
Y esto se toca, y se ve,

y no hay un hombre que exclame:
«¡Quien sus ilusiones ame
no ponga en Madrid el pié!»

FACUNDO. Y á quién lo dice usted así
que se lo vaya á creer?

Todos aquí piensan ver
las minas del Potosí.

FELIX. ¡Horrible fatalidad
que á tantas dichas se opondrá!
En los ojos se les pone
y no ven esta verdad.
Ser de noble proceder,
de honrado y modesto porte,
y hacer fortuna en la córte...
es un imposible hacer.

FACUNDO. Mas al que predica el bien
todos, todos le desoyen.

FELIX. *Tienen oído, y no oyen,
tienen ojos, y no ven.*

Diga usted á un provinciano
lo que ahora mismo le digo;
y exclama: «No va conmigo;
llevo cartas de Fulano.»

FACUNDO. Hay excepciones. ¿No está
Luis en la esfera mas alta?
Solo un título le falta,
y ese pronto lo tendrá.

FELIX. ¡Va á dárselo él mismo!

FACUNDO. *¡Qué!*
¡Él mismo! ¡qué desatino!

Para eso hay mas de un camino...
Una alianza... un... ¡Ya ve usted!

FELIX. (¡No me engañé!)

FACUNDO. Así se evita
que murmuren y...

FELIX. *Comprendo.*

FACUNDO. ¡Sabe mucho!

FELIX. Ya voy viendo.

FACUNDO. (¡Ambicioso!)

FELIX. (¡Margarita!)

FACUNDO. Y otros mil que se han alzado.
Mire usted á Silva.

FELIX. ¿Y qué tal?

FACUNDO. No se va portando mal.
Es un chico despejado.

FELIX. Me alegrara verle.

FACUNDO. ¿Sí?
¿Va usted á hablarle del diario?
(Con malignidad.)

FELIX. ¡Hombre, no!

FACUNDO. Si es necesario
al punto le traigo aquí.
Quizá haya venido.

FELIX. Pues
si usted tiene la bondad...

FACUNDO. ¡Qué bobada! ¡la amistad!...

FELIX. ¡Sí! (Con amargura.)

FACUNDO. ¿Eh?

FELIX. Nada.

FACUNDO. Hasta despues. (Váse.)

ESCENA IV.

D. FÉLIX (1).

¡Sí, la amistad! ¡la amistad!...

¡Horror tanta farsa inspira!

¡Dios mio! ¡Entre esta mentira
cuán amarga es la verdad!

*Esta córte corrompida...

*me hace dudar de mí mismo.

*Siglo del escepticismo,

*quién desea en tí la vida?

*Ambicion, ambicion que

*ninguna virtud limita...

*¡Y mi pobre Margarita

*que espera hallar aquí fé!

Luis... ¡Ministro! Cual mil otros
se embriaga con las victorias:

con sus triunfos y sus glorias

no se acuerda de nosotros.

Y se casa por crecer,

1 Los versos de este monólogo, marcados con esta señal *
pueden suprimirse en la representacion.

porque un título le incita...
¿Qué va á ser de Margarita
cuando lo llegue á saber?
*¡Por solo un título vano!...
*Es una calumnia, sí.
*Tanta infamia nunca ví
*en el corazon humano.
Yo le he elevado á esa esfera
y él... Mas qué voy á decir?
Cuando se logra subir
no se piensa en la escalera!
Con esa eterna ambicion,
con esa sed de renombres
todo lo olvidan los hombres...
¡Qué ingratos! ¡qué ingratos son!
Cárlos... Tambien le he elevado:
por mí llegará á la cumbre;
y él siguiendo la costumbre,
tambien nos habrá olvidado.
¡Y es natural! Grita el genio
del amor propio á su lado:
«Á nadie estás obligado;
eres hijo de tu ingenio.»
¡De su ingenio! Sin un nombre
se hundieran en el profundo,
porque en este imbécil mundo
jamás hay hombre sin hombre.
*Verdad que aunque horrible es
*echa tambien en olvido
*aquel que mira abatido
*el mundo entero á sus piés.
*Todo se olvida... Sí... ¡No!
*Escepticismo importuno,
*¿por qué no ha de haber alguno
*que recuerde como yo?
*No todos á la ambicion
*se venden ni á los renombres...
*Estoy juzgando á los hombres;
*peores de lo que son.
*La humanidad quizá avanza
*hácia el bien... Todo lo igualo
*y solo he visto lo malo.

*Vuelve á nacer, esperanza.
*¡Oh! mi pobre Margarita
*hará mi sistema vano:
*aun el corazon humano
*al nombre de amor palpita;
'y si este afan puro, ajeno
*al interés, no es un nombre,
*aun hay nobleza en el hombre,
*aun puede el hombre ser bueno.

ESCENA V.

D. FELIX.— CARLOS.

CARLOS. (Si pide cuentas...) ¡Don Félix!

FELIX. ¡Hola!

CARLOS. ¡Déme usted esos brazos!
¡Cuánto gozo en ver al hombre
por quien me miro tan alto!

FELIX. (¡Lo confiesa!)

CARLOS. ¿Está usted bueno?

FELIX. (Mi temor era infundado.
Este agradece.) Á sus órdenes.

CARLOS. Gracias. ¡Encuentro mas grato!
Venia del Parlamento
á ver si Luis por acaso
estaba aquí ya; y de sala
en sala le iba buscando,
bien ajeno de que en esta
me esperase gozo tanto.

FELIX. Todo es mio.

CARLOS. Cuando acabe
la reunion vendré á buscarlo.
Tenemos mucho que hablar,
y ahora no vengo despacio.

FELIX. ¡Cómo! ¿va usted á incomodarse?...

CARLOS. El Congreso está aquí al lado.
Pero hablemos de otra cosa.
Usted estará parando
en casa de Luis? (Con intencion.)

FELIX. No.

CARLOS. Entonces
se vendrá á la mia.

CARLOS. Pues. (Voy viento en pop a.) Eso..

FELIX. Pues, amiguito, pensando de ese modo, debe usted en el parlamento...

CARLOS. (¡Malo!)

FELIX. Y en el periódico...

CARLOS. (¡Pésimo!)

Ya lo pensaré despacio.—
¿Y qué tal viaje?

FELIX. Bueno.

(Parece que evita...)—El caso es muy serio y...

CARLOS. Sí, el ponerse en camino con sus años...

FELIX. No hablo de eso.

CARLOS. (¡Estoy perdido!)

FELIX. Decía que un diputado y un periodista se deben al bien de los ciudadanos.

CARLOS. Tal creo. (¡Vuelta al periódico!)
El que la patria ha mandado á ser su representante...

FELIX. Y el que es eco en un diario de la opinion...

CARLOS. Sí, sin duda.

FELIX. Son de tanto honor esclavos. Usted parece que goza de crédito á no dudarlo.

CARLOS. Sí, en la tribuna...

FELIX. Y la prensa. Pero se siente usted malo? ¿Qué tiene usted?

CARLOS. Nada.

FELIX. (¡Ah!

mi sistema no era errado.)

¿No se lee *El Nacional*?

CARLOS. ¡Pist!

FELIX. (¡Qué ingratos son, qué ingratos!

Pues si...

FACUNDO. Caballeros?...

(Apareciendo en el foro.)

CARLOS. (¡Ah!)

¡Don Facundo! (Me he salvado.)

ESCENA VI.

DICHOS, D. FACUNDO.

- FELIX. (¡Estos son los hombres!) Y?... (Á D. Facundo.)
CARLOS. ¿Qué hay de nuevo?
FACUNDO. Se murmura
que la caída es segura
CARLOS. ¿Pero aun se resisten?
FACUNDO. Sí.
CARLOS. Paréceme incomprensible.
¿Ya qué pueden esperar?
FELIX. ¡Miseria humana! ¡Anhelar (Ensimismado.)
un tormento tan horrible!
¡El poder! «Esa es la gloria,»
dicen ansiándolo todos.
Lo alcanzan por varios modos
y locos gritan: «¡Victoria!
De él estaba deseoso;
gobierno diversas gentes,
que ante mí doblan las frentes.
¡Ya soy dichoso!» ¡Dichoso!
Ahora empiezas á luchar;
todos contrarios te son...
Tu gloria es una ilusion
que no puedes realizar.
¡Adios!
- CARLOS. ¿Se va sin oír?...
FELIX. Tengo experiencia; soy viejo:
tome usted como un consejo
lo que acabo de decir.
La vida es corta: ese amor
al poder, bien no produce.
Puesto que á nada conduce,
no anhelarlo es lo mejor.
Huya de aquí; tenga fé;
viva siempre en paz consigo...
Se lo dice á usted un amigo,
que le compadece á usted.
- CARLOS. Pero...
FELIX. Pese mi razon.

CARLOS. Va usted triste.

FELIX. No es extraño.

Llevo un nuevo desengaño
clavado en el corazón.

CARLOS. No entiendo...

FELIX. ¡Miseria humana!

Á estar aquí no me atrevo.
Cada desengaño nuevo
me trae una nueva cana.

CARLOS. Pero yo...

FELIX. Nada le digo
pues usted tanto lo evita.
¡Adios! Si me necesita
siempre hallará usted un amigo. (Váse.)

ESCENA VII.

CARLOS, D. FACUNDO.

CARLOS. ¡Já, já!

FACUNDO. No se ria usted;
porque este viejo es muy ducho.

CARLOS. ¡Oh! me divierto mucho.

FACUNDO. (¡Le divierte!...) ¡Jé, jé, jé! (Risa forzada.)

CARLOS. ¡Si habla verdad!...

(Dejando de reir y con tono sombrío,)

FACUNDO. ¡Necio afán!

¡Jé! Ria, que es divertido.

CARLOS. El oírlo me ha estremecido.

(Mirando á D. Facundo con desconfianza.)

¿Conocerá nuestro plan?

FACUNDO. ¡Chist! No puede ser.

CARLOS. Yo veo

que usted, que nada desea,
me auxilia, y...

FACUNDO. ¿Teme que sea
un Judas?

CARLOS. Yo nada creo.

¿Mas que interés?...

FACUNDO. ¡Poco á fé!

El dios del siglo es el oro...
y solo á ese dios adoro.

¿Duda aun de mí?
CARLOS. Toque usted.
(Se estrechan las manos con efusion.)

ESCENA VIII.

DICHOS. — HORTENSIA.

HORTENS. ¿Cárlos?... (Saludando.)
CARLOS. Señora?... (Idem.)
FACUNDO. Marquesa?... (Idem.)
HORTENS. No pensaba aquí encontrarle.
Está usted tan retirado...
CARLOS. Tanto que debiera hallarme
ya lejos de aquí, porque
hago falta en otra parte.
HORTENS. ¿Esa comision?...
CARLOS. Es cosa
sobremanera importante.
HORTENS. ¿Luis está allá?
CARLOS. No lo sé.
Aquí venia á buscarle.
Y ahora que de Luis hablamos.
¿Qué me dice usted?
HORTENS. No es fácil
que nada diga, quien nada
que pueda decirse sabe.
CARLOS. Esa rival que ha venido...
HORTENS. No sé quién tenga rivales.
FACUNDO. (¿Querrá este tambien el título?)
CARLOS. ¿Hortensia va usted á negarme?...
HORTENS. Yo nada niego.
CARLOS. ¿Es decir
que no teme usted?...
HORTENS. Á nadie
CARLOS. Si Luis su primer amor
recuerda...
HORTENS. Si recordase,
tuviera yo un desengaño
oportuno y saludable.
Si no, viviré tranquila
sin dudar de que me ame.

CARLOS. De modo que usted se alegra?...

HORTENS. Mas que puede imaginarse.

Una entrevista yo misma
voy ahora á proporcionarles.

CARLOS. Usted misma? Cuánto diera
porque vencida quedase!

HORTENS. Quién? Ella?

CARLOS. Usted.

HORTENS. Muchas gracias.

Está usted hoy muy amable.

CARLOS. Si usted comprender pudiera...

HORTENS. Comprendo.

CARLOS. No lo bastante.

Quizás esta misma noche, (Con pasion.)
si mi suerte es favorable,
podré decirle...

FACUNDO. (¡Demonio!)

(Sobresaltado y con rapidez.)

Mire usted que se hace tarde
y en la asamblea...

CARLOS. Es verdad.

FACUNDO. Vámonos pues.

CARLOS. Al instante.

CARLOS y FAC. Señora?... (Saludando.)

HORTENS. Que vuelva usted.

CARLOS. No es menester que lo encargue.

HORTENS. Adios.

FACUNDO. Primero ministro:

(En el foro ap. á Carlos)

luego... marqués ó... quién sabe? (Vánse.)

ESCENA IX.

HORTENSIA.—Á poco LUIS.

HORTENS. Ya en acudir á mi cita
no se puede detener.
Si al padre logro traer
y él desprecia á Margarita!...

LUIS. Señora marquesa?...

HORTENS. ¡Oh!

Señor don Luis, bien llegado.

LUIS. ¿Me esperaba usted? He tardado?
No me lo perdono.

HORTENS. Yo
pienso ser mas generosa;
que puntualidad pedir
á un ministro, es exigir
imposibles.

LUIS. ¿Tanta prosa
tiene ese pobre destino
que impide acudir puntual
á esta esfera celestial?

HORTENS. Bien al revés lo imagino.
Mas los negocios...

LUIS. Se engaña.

HORTENS. Que eran primero juzgué.

LUIS. Nadie es primero que usted.

HORTENS. ¿Ni la España?

LUIS. Ni la España.

HORTENS. Gracias.

LUIS. ¿Pues tanta fortuna
tengo que muchas me da,
aventurado será
atreverme á pedir una?

HORTENS. Como no sé cuál aun...

LUIS. ¿Pues quien tantas gracias tiene
en dar una se detiene?

HORTENS. Eso.. conforme y segun.
Que en un asunto formal,
si alguna razon preside,
antes del «*como se pide*»
debe verse el memorial.

LUIS. No es caso en que la razon
pueda nada decidir,
porque el que vengo á pedir
se dirige al corazon.

¿Veré llenos los deseos
de mi atrevimiento loco?

HORTENS. ¡Ay! ¡si viera usted qué poco
entiendo de discreteos!

LUIS. No comprende usted?...

HORTENS. Tal cual.
Mas como no soy muy diestra

temo...

LUIS. Claro lo demuestra
aquello del memorial.

HORTENS. Pretendo que su excelencia,
atendiendo á mi porfia,
á una amiga suya y mia
conceda una corta audiencia.

LUIS. Bien.

HORTENS. Llame usted á su razon
y sépase sujetar.
De lo que va usted á hablar
(Con marcada intencion.)
pende mi resolucion.
Una prueba decisiva
va á sufrir que el amor sella.
Salga usted incólumne de ella
y le amaré mientras viva.

LUIS. Pero?...

HORTENS. Nada mas me diga.

LUIS. ¿Por su amor qué hay que no hiciera?
Hable usted.

HORTENS. Mi amiga espera.

LUIS. Sí; mas...

HORTENS. Espera mi amiga.

LUIS. ¡Hortensia!

HORTENS. Aguárdeme usted. (Váse.)

ESCENA X.

LUIS.

¡Señor ministro!... Esto humilla (Reflexivo.)
Marqués... ¡Oh! un título brilla.
Casándome... lo tendré.
Amor vé su conclusion
donde la ambicion empieza.
Habla tú sola, cabeza,
y calla tú, corazon.
De valor no me hallo falto
para vencer y sufrir.
Yo necesito aun subir,
si... pero subir muy alto.
Soy muy poco. Este poder

que antes tan grande creia
no le basta al alma mia.
En el mundo hay mas que ser.
Si hubiera un sol mas brillante
que ese sol que está en el cielo,
quizás á mi altivo anhelo
no fuera su luz bastante.

ESCENA XI.

LUIS.—MARGARITA, HORTENSIA.

MARG. (¡Oh! yo tiemblo.)

LUIS. Señorita?...

¡Ah! (Reconociéndola)

HORTENS. (Traslado al pretendiente.) (Ap. á Luis.)
El ministro presidente. (Presentándolo.)

LUIS. Yo... (Turbado.)

HORTENS. Mi prima Margarita. (Saluda y váse)

ESCENA XII.

LUIS, MARGARITA.

LUIS. ¡Margarita!

MARG. ¡Adios! (Dando un paso.)

LUIS. ¿Tú aquí?...

¿Tú aquí? ¿Qué es esto?

MARG. La muerte

de una esperanza, que al verte
dejó de existir en mí.

LUIS. Pero...

MARG. Otra cosa esperaba:
no sucedió... Bien está.

¡Y era esa esperanza ya (Con dolor profundo.)
la sola que me restaba!

LUIS. (¡Dios mio!) Escucha.

MARG. ¡No mas!

Los tiempos que ya pasaron
de mi mente se fugaron
para no volver jamás.

LUIS. Pero yo...

MARG. Necia creí,
no contando con la ausencia,
que al mirarme en tu presencia,
volarias hácia mí.
No fué así. ¡Lo quiso Dios!
Mi afecto puro y sincero
te da aquí el adios postrero,
que este es mi postrer adios.

LUIS. ¡Margarita!

MARG. ¡Cielos!... No,
no es este su dulce acento.

LUIS. Aquel tiempo de contento...

MARG. Aquel tiempo... ya pasó.
Sus dias de fé y de gloria
ya á gozar no volveré...
¡Oh! no profanes su fé,
que aun bullen en mi memoria.
Ese llanto...

LUIS.

MARG. Es por el fin
de una esperanza de amores.

Con él regaré las flores
de mi arabesco jardin.

Entre ellas tuvo su ser,
allí comenzó á subir...

¡Ellas le verán morir
como le vieron nacer!

(¡No sé que decir!)

LUIS.

MARG. Ardiente,

puro, sublime, ideal,
aquel amor celestial
llenó de los dos la mente.

Cuántas veces al morir
del sol la luz postrimera

íbamos por la ribera
del fresco Guadalquivir,

y exclamábamos los dos
entre el murmullo del rio:

«Qué gloria es amar, Dios mio!

¡Bendito seas, gran Dios!»

Y así un dia y otro dia
sin zozobras ni temores

aquella vida de amores

hermosa y feliz corria.

LUIS. ¡Hermosa y feliz! (Conmovido.)

MARG. Y yo

¡qué breve la ví correr!

LUIS. Esa vida ha de volver. (Con entusiasmo.)

MARG. Esa vida... ya pasó.

Es un recuerdo no mas
que á la vez mata y consuela.

Cuando una ventura vuela
no puede tornar jamás.

LUIS. ¡Ah! ¡Calla! Mi posicion
ser el mismo me ha impedido.

MARG. ¡Ay!... esa frase me ha herido

(Con dolor profundo.)

de muerte en el corazon.

LUIS. Pero...

MARG. Mi pasion sencilla
soñó un pecho en que hallar eco.

¡Ese pecho... estaba seco!

LUIS. ¡Margari!... (Un título brilla!

¡Qué le digo?)

(Dando un paso hácia Margarita y deteniéndose.)

MARG. ¡Adios, adios!

De una esperanza vivia:
muerta esa esperanza mia,
tan solo me queda Dios.

LUIS. ¡Ah!

MARG. Sin este amor profundo
que es mi aliento, que es mi calma,
sin el alma de mi alma,
¡qué me queda en este mundo?

FELIX. (¡Hija mia!)

(Que se habrá presentado momentos antes en el foro.)

LUIS. Yo...

MARG. Tú... ¡Oh!

(Sin poderse contener.)

Tú eres por quien peno y clamo,
tú el que amaba... tú ¡el que amo!...

LUIS. ¡Margarita!

FELIX. ¡Hija! (En tono de reconvencion.)

MARG. ¡No, no!

(Separándose de Luis.)

ESCENA XIII.

DICHOS.—D. FÉLIX.

- LUIS. ¡Don Félix! (Balbuciente.)
FELIX. ¡Bien, Margarita!
MARG. ¡Padre!
FELIX. Todo lo he escuchado;
y yo el cuento comenzado
concluiré.—Esta señorita,
de una amiga suya y mia
hablaba á usted hace un instante,
que olvidó á un antiguo amante
porque él no la merecía.
MARG. ¡Sí, olvidó! (Haciendo un esfuerzo.)
FELIX. Era una mujer
tierna, pura, inmaculada,
y él... alma pobre y gastada,
no la llegó á comprender.
MARG. ¡Le olvidó!
(Apoyándose en el respaldo de un sillón.)
FELIX. Y es natural; (Con profundo dolor.)
no pudo seguir su huella.
Era un hombre, un ángel ella.
Empleó su amor muy mal.
LUIS. Yo señor...
FELIX. En el Congreso (Cambiando de tono.)
hace falta su presencia.
Vaya tranquilo *vuecencia*,
que luego hablaremos de eso.
LUIS. Cuanto tengo, cuanto soy...
FELIX. Gracias. (¡Oh, ya me protege!)
LUIS. Todo es de usted.
FELIX. Sí. (Con amargura.)
LUIS. No deje
de servirse de mí.
FELIX. Estoy.
Gracias. (Con amarga ironía.)
LUIS. Lo digo á los dos.
FELIX. Gracias también en su nombre.
Gracias. (Con fingida calma.)

LUIS. (¡Dudo!...)
FELIX. (¡Este es el hombre!)
LUIS. (¡Qué me pasa?) Adios!
(Vacila un momento y váse.)
FELIX. Adios. (Con desprecio.)

ESCENA XIV.

MARGARITA, D. FÉLIX.

MARG. ¡Padre!
FELIX. Estamos solos. Llorá.
(Después de pasear una mirada por la escena.)
Corra tu llanto á raudales
en los brazos paternales
de este viejo que te adora.
MARG. ¡Ay!
FELIX. En tu dolor profundo
hay quien con ellos te ciña...
Llorá, llorá, pobre niña,
los desengaños del mundo.
MARG. No puedo estar aquí mas.
Este aire me ahoga!
FELIX. (Ahogado por el dolor.) Sí.
Vamos, vámonos de aquí.
MARG. ¡Qué no le vea jamás!
FELIX. ¡Por deseos ambiciosos
perder esta fé sencilla!
MARG. Volvámonos á Sevilla,
tornemos á ser dichosos.
Yo olvidaré... quizá pueda
desterrar de la memoria
ese amor que era mi gloria.
¡Oh! ¡nada, nada me queda!
FELIX. ¡Sí! te quedo yo.
MARG. ¡Perdon!
FELIX. Te queda un padre, un amigo
que sabrá llorar contigo,
hija de mi corazón!
¡Llorar solo, hija infeliz,
puede ya tu triste padre!...
Él, que á tu difunta madre

prometió hacerte feliz.

MARG.

¡Padre mio!

FELIX.

¡Santo Dios!

¡Miradla cuán pura y bella!

¡Dadme vida para ella!

Sí, que suframos los dos.

Por ahorrarte un padecer,

por darte, pobre hija mia,

un minuto de alegría,

un instante de placer,

la calma gustoso diera,

diera mi dicha contento,

lanzara el último aliento,

y aun poco me pareciera.

Olvida cuanto te cuadre

tus afectos insensatos...

Todos, todos son ingratos...

¡No hay mas amor que el de padre!

MARG.

¡Oh!

FELIX.

Sí. El saber de mis años

hará que pronto te cures.

Hoy es preciso que apures

la hiel de los desengaños.

Vas á mirar á mi modo,

en lo mas noble, bajezas...

Pues hoy á sufrir empiezas,

súfrelo de un golpe todo.

Te encuentran jóven y bella,

ángel de puros amores,

y un millar de adoradores

va siempre tras de tu huella.

Te aman... te adoran... Tú ves

cuánto ese amor les obliga,

mas... no sé si te lo diga...

¡Horrible esta verdad es!

Ese amor que el cielo mismo

que les inspira parece,

que los alza y engrandece,

ese amor... es egoismo!

Solo un afan les induce:

no te quieren por querer:

te quieren... ¡por el placer

que quererte les produce!

MARG.

¡Padre!

FELIX.

No es deducción vana
de mi escéptica ansiedad.
Es una amarga verdad
de nuestra miseria humana.
Llora, sí, cuanto te cuadre
desengaño tan profundo,
y no olvides que en el mundo
no hay mas amor que el de padre.

MARG.

¡Qué horror!

FELIX.

Lo vé la razón,
mas nunca ha de conocerse...
¡Los hombres no quieren verse
tan mezquinos como son!

MARG.

Todos no serán así.

FELIX.

Con sus esperanzas locos
hay, Margarita, muy pocos
que se exceptuen aquí.
Ese Dios, que desde el cielo
dió al aura olores suaves,
blanda armonía á las aves
y hermoso verdor al suelo,
con un alma nos dotó
capaz de grandes acciones,
que el hombre en sus ambiciones
de inmundo lodo manchó.

MARG.

Aun con su recuerdo lucho
por mas que razón te sobre.

FELIX.

Perder un amor tan pobre
no debe sentirse mucho.
Piensa tú como yo pienso
y así te resarcirás,
que en mí un amor hallarás
grande, inextinguible, inmenso.
Con sus mezquinas hazañas
presto de tí se olvidó;
mas... ¡cuándo olvidaré yo
á la hija de mis entrañas!!!

MARG.

Huyamos de aquí.

FELIX.

Sí, sí.

Allí tranquilos los dos,

sola conmigo y con Dios
le olvidarás.

MARG. ¡Ay de mí!

FELIX. No es digno de tu pasión
el que holló tu amor primero.

MARG. ¡Y sin embargo... le quiero!
(Cayendo en los brazos de D. Félix.)

FELIX. ¡Hija de mi corazón!

FIN DEL ACTO SEGUNDO.



ACTO TERCERO.

La decoracion del segundo.

ESCENA PRIMERA.

CÁRLOS, D. FACUNDO.

(Se miran un momento con ansiedad: despues dice cada cual «bien» con suma alegria.)

FACUNDO. Bien.

CARLOS. Bien.

FACUNDO. Mejor no se puede.

CARLOS. Don Félix?...

FACUNDO. Nada sospecha.

CARLOS. La votacion?...

FACUNDO. Cosa hecha.

CARLOS. Pues rueda la bola.

FACUNDO. Ruede.

CARLOS. No cabe en cabeza humana ir mejor. Nuestra es la suerte.

FACUNDO. Amigos hasta la muerte.

CARLOS. Amigos... (hasta mañana.)
No habrá cuidado?

FACUNDO. No. Y
sigue la reunion?

- CARLOS. Sí, voy...
- FACUNDO. ¡Ánimo! El gran día es hoy.
- CARLOS. ¡Ó César ó nada!
- FACUNDO. Si.
- CARLOS. ¿Y Luís?
- FACUNDO. No sé: hablará
con su marquesa.
- CARLOS. ¡Pues no!
¿Será marqués?
- FACUNDO. ¿Qué sé yo?
Mas por mal camino va.
Amor de nuevo le incita;
y sus planes olvidando,
toda la noche bailando
ha estado con Margarita.
- CARLOS. Si abriga intenciones rectas...
- FACUNDO. ¡Quiá! no. ¡Es tan ingrato!
- CARLOS. ¡Eh?
(Mirándole con recelo y variando completamente de
tono.)
Y qué le parece á usted
la direccion de Indirectas?
- FACUNDO. Ya madurará la uva.
- CARLOS. La vendimia es estos días.
Habrá subsecretarias...
- FACUNDO. (¡Pues!)
- CARLOS. É intendencias de Cuba.
- FACUNDO. Con poco me satisfago;
pero por no hacer desprecio...
- CARLOS. (Se la traga como un necio.)
- FACUNDO. (Y piensa que me la trago.)
- CARLOS. ¿Conque negocio arreglado?
- FACUNDO. Con tal que siga corriendo... (Indicando dinero.)
- CARLOS. De eso no hay que hablar.
- FACUNDO. Comprendo.
Váyase usted descuidado.
- CARLOS. Un momento. ¿Á qué ha venido
don Félix?
- FACUNDO. Si no me engaño
solo por un desengaño.
- CARLOS. ¿Y lo lleva?
- FACUNDO. Muy cumplido..

CARLOS. ¿Nada mas?

FACUNDO. ¿Y poco es?

CARLOS. ¿Qué exige?

FACUNDO. La deuda toda.

Pensaba arreglar la boda.

CARLOS. Y Luis...

FACUNDO. Quiere ser marqués.

ESCENA II.

DICHOS.—D. FÉLIX.

(Sale por la izquierda, dirigiendo una mirada á los salones de baile. En toda la escena habla con cierto desaliento como quien ha perdido toda esperanza.)

FELIX. (¡Bailad, bailad!)

CARLOS. (Á D. Facundo.) (Hélo aquí.)

FACUNDO. Este árbol ya no da sombra.
Váyase usted.)

FELIX. (Aquí estan.)

CARLOS. (Al punto.) (Á D. Facundo.)

FACUNDO. Don Félix?...

FELIX. ¡Hola!

¿Se iba usted? (Á Carlos.)

CARLOS. Sí.

FACUNDO. Sí.

FELIX. Un momento.

CARLOS. (Si pide... ¿Pero qué importa?)

FELIX. Tengo que exigir á entrambos
un favor.

FACUNDO. (¡Malo!)

CARLOS. Yo...

FELIX. Es cosa.

que me interesa; y espero
que ustedes...

CARLOS. Si está en mis cortas
facultades...

FELIX. Sí.

CARLOS. Pues crea

que la tomaré por propia.

FELIX. Gracias.

FACUNDO. (¡Destinito! ¡ruina!)

FELIX. (¡Teme que le pida!) (Con desprecio.)

CARLOS. (¡Hay horas fatales!)

FELIX. Pues es el caso...

CARLOS. Debo, por si usted lo ignora, (Interrumpiéndole.) advertirle que mi influjo es nulo, que mi persona nada significa... nada: por lo tanto...

FELIX. Eso no obsta.

CARLOS. (Respiro.)

FELIX. Quiero de ustedes que si algun dia las cosas cambiaran, y Luis cayera...

FACUNDO. ¿Quién piensa en eso?

FELIX. Si rotas las alas, triste descende y vuelan triunfos y glorias, halle en los dos, dos amigos. Sé lo que es la ambicion loca, y que hay quien no sobrevive mucho tiempo á una derrota.

FACUNDO. ¿Mas y usted?

FELIX. No estaré aquí.

CARLOS. ¿Cómo?

FELIX. Me vuelvo. Esta atmósfera no es para mí.

FACUNDO. (¡Ya, ya!)

FELIX. El aire de la córte me sofoca. (Melancólico.) Este ir y venir... Los viejos deseamos otra cosa.

*Paz, tranquilidad, descanso,

*aire libre, fresca sombra,

*un poco de sol... Hé aquí

*una vida deliciosa.

CARLOS. ¿Pero se va usted?...

FELIX. Mañana.

CARLOS. ¡Qué resolucion tan pronta!

FELIX. Mi última ojeada al mundo me hace ansiar á toda costa

la vida tranquila.

FACUNDO. (Con ironia.) (Sí.)

CARLOS. Pero usted no reflexiona
que su hija es jóven, y que?...

FELIX. Se me vino á la memoria.
Mas .. ¿qué quiere usted? Los viejos
solo en el retiro gozan;
la vejez es egoista
y... Mas volvamos la hoja.

¿Podré marcharme seguro
de que si una pena acosa
á Luis, no se verá solo?

CARLOS. Deseche toda zozobra.

FACUNDO. Lo mismo digo. (No alcanzo
de su idea ni una jota.)

CARLOS. Eso y mas. De cuanto soy
quiero yo que usted disponga.
Mi posicion, mi...

FELIX. Mil gracias.

(Ve que no pido y otorga.)

CARLOS. Si algo tiene que mandarme...

FELIX. Para esta súplica sola
y para decirle adios
vine á buscarle.

CARLOS. Es ociosa
toda oferta que le hiciera.
Mejor lo dirán las obras.

FELIX. Gracias.

CARLOS. ¡Qué! (Mientras no pide
no hay un amigo de sobra.)

FELIX. Oiga usted. Dice el refran
que este mundo es una bola:
los que hoy estan en la cúspide
mañana el abismo tocan;
los que hoy satisfechos rien
mañana afligidos lloran.
Yo he visto opulentas casas
hacer al fin bancarrota,
y he visto casas humildes
elevarse sobre todas:
he visto á la España grande
dominar á media Europa,

y á su vez la he visto débil
bajar la frente orgullosa.
Mañana quizás altiva
torne á su pasada gloria,
si otra gran nasyon se hunde
á otra vuelta de la bola.
Hombres, familias, naciones,
esta verdad todos tocan:
el que hoy sube, cae mañana;
y pasado á subir torna.
No ya por bondad... por *cálculo*
tienda una mano amistosa
al caído, que muy pronto
necesitará usted otra.

CARLOS. Mas...

FELIX. No quiero detenerle.
¡Adios! y fortuna próspera.

(D. Félix acompaña á Carlos hasta la puerta izquierda del foro.)

FACUNDO. (Se va... Nos le recomienda... (Pensativo.)
Trama con este ó le explora...
Quiere al otro... El otro olvida...
Pues, señor, no veo gota.)

ESCENA III.

D. FÉLIX, D. FACUNDO.

FELIX. Conque adios.

FACUNDO. Aguarde usted.
(Si iba á pedirle un destino,
y al verse en tan mal camino
retrocedió... Exploraré.)

FELIX. ¿Decia usted?...

FACUNDO. Voy allá.
(Tiene aun fondos... y si quiere...)

FELIX. Mire usted que hay quien me espere.

*FACUNDO. Bien. (Pues, señor, allá va.)
Con franqueza: ¿qué tenia
usted que decirme?

FELIX. ¡Yo!

FACUNDO. ¿Conmigo evasivas?

FELIX. No.

Es que usted en nada confía.

FACUNDO. Sé de destinos muy buenos. (Pausa.)

FELIX. ¿Mas claro? ¿Me explico así?

Si antes no lo comprendí
ahora lo comprendo menos.

FACUNDO. Es decir que Luis y Carlos
abandonan ya del todo
al que no perdonó modo
alguno para elevarlos?

Lo dudo aunque lo estoy viendo,
y no lo hubiera pensado.

FELIX. ¿Mas vamos, y qué ha pasado?
¿Pero qué está usted diciendo? (Impaciente.)

Con la falsa observacion
que cualquier cosa le inspira,
en todo malicia mira,
en todo busca intencion.

FACUNDO. Me quiere usted hacer creer
que esa marcha?...

FELIX. Vamos, vamos;
veo que nunca llegamos
á podernos entender. (Incómodo.)

FACUNDO. Mas...

FELIX. Me voy... me voy porque...
porque este ambiente envenena,
porque el alma aquí se llena
de un horrible no sé qué.
Porque ver no quedo en calma
mas tiempo á esta gente loca
¡siempre con risa en la boca!
¡siempre con llanto en el alma!
Porque el sentido me embarga
y el pecho me está oprimiendo,
que en cada minuto aprendo
una verdad mas amarga.
Porque solo vanos nombres
son los afectos que hallé;
porque... porque .. en fin, porque
voy detestando á los hombres.
¿Qué mas quiere usted? Me arredra
con su cínica maldad
esta... *culta* sociedad

de alma de carbon de piedra.
Cuando en su centro me miro
y penetro en su conciencia,
á pesar de mi experiencia
tengo miedo... y me retiro.
¿Qué he de hacer? ¡Pobre de mí!

FACUNDO. Si eso es así...

FELIX. Don Facundo,
este mundo no es el mundo
de quien algo tiene aquí. (Señalando el corazon.)

FACUNDO. Pero en esta sociedad
se medra como en ninguna.

FELIX. Es que...

FACUNDO. ¡Bah!

FELIX. Es que la fortuna
no da la felicidad.

El que mendiga el sustento,
el que trabaja y se afana
de la noche á la mañana
por un mezquino alimento,
el que riega con sudor
el pan de sus estrecheces,
es mas feliz ¡cien mil veces!
que su opulento señor.

Los reyes dictan las leyes
desde alcázares suntuosos:
¿y son los reyes dichosos?
¡Pobres reyes! ¡Pobres reyes!

FACUNDO. ¿Y quién ha de gobernar
si en hacerlo hay tal suplicio?

FELIX. Quien lo haga por sacrificio,
no por ánsia de medrar.
Hombre de gran corazon,
que de hacer el bien ansioso,
sacrifique su reposo
en aras de la nacion.
Hombres que no ansien subir,
y que sepan al mandar
que allí no se va á gozar,
sino á penar, á sufrir.

FACUNDO. Mas si con conciencia pura
se sube y con frente tersa...

V. La Vaquería
de la Finca
p. 74

FELIX. La dicha en razon inversa
siempre estará de la altura.

FACUNDO. Bien. Mas *palabras* dejemos,
y vamos á lo que importa.
Mi plática será corta
porque... ya nos entendemos.
Luis y Cárlos olvidaron,
como es razon y costumbre,
y subiendo hasta la cumbre
en la falda le dejaron.
No me espanta.

FELIX. Pero...

FACUNDO. Al mundo
cada cual por algo vino. (Pausa.)
¿Usted quiere un buen destino? (Con resolucion.)
Yo le tengo.

FELIX. ¡Don Facundo! (Indignado.)
¿Por quién me toma usted á mí?
Mas ¿cómo puede usted ahora (Meditabundo.)
dar empleos, si ha una hora
los pedia?

FACUNDO. (¡Me vendí!) (Con despecho.)

FELIX. Pronto. (Con imperio.)

FACUNDO. Nunca falta modo... (Turbado.)
(Nada pienso de provecho.)

FELIX. Pronto; todo lo sospecho
y quiero saberlo todo.

FACUNDO. Pero si es el caso que...

FELIX. Nada de engaños discretos,
porque conozco secretos
que pueden perder á usted.

FACUNDO. Yo... mi conciencia... mi honor...

FELIX. ¿Su conciencia de usted?
(Con indignacion y sarcasmo.)

FACUNDO. Sí.

FELIX. ¡Su honor! Hable usted, ó de mí
no respondo.

FACUNDO. ¡Yo... señor...!

FELIX. Hable usted.

FACUNDO. En la reunion
(Despues de un momento de vacilacion.)
que ahora se está celebrando,

Cárlos y los de su bando
votan con la oposicion.

FELIX. ¿Y Luis?

FACUNDO. En él confiado,
cree su triunfo seguro.

FELIX. ¿Eso es cierto?

FACUNDO. Se lo juro.

FELIX. ¿Y si fuese derrotado?

FACUNDO. Como que su dimision
estaba ya presentada...

FELIX. (¡Pobre Luis!)

FACUNDO. Será aceptada.

FELIX. ¿No hay medio de salvacion?

FACUNDO. La comision que se vota
de la oposicion será.
Esto. como usted verá,
equivale á una derrota.

FELIX. (Si yo... no... sí... puede ser.) (Pensando.)

FACUNDO. (Qué planes tendrá?)

FELIX. Al momento
va usted á ir en seguimiento
de Cárlos, y á detener
la votacion.

FACUNDO. ¿Qué pretexto?...

FELIX. Usted verá. Lo que haga
en esta ocasion se paga
régiamente. Con que presto.

FACUNDO. Es que no encuentro recurso...

FELIX. De aquí á allá la mente tuerza.
Que Cárlos crea que es fuerza;
y él pronunciará un discurso
que prolongue... Vuelva usted
á decirme el resultado.

FACUNDO. Sí, sí.

FELIX. Silencio y ¡cuidado!

FACUNDO. Como de mármol seré.
Ha tocado usted un registro...

FELIX. Repito que el oro sobra.

FACUNDO. Adios.

FELIX. El que calla... cobra.

FACUNDO. (¡Este quiere ser ministro!)
(Despues de meditar un momento.)

ESCENA IV.

D. FELIX.

Adios, horrible vestigio
en quien la maldad se cifra;
adios por siempre, *hombre-cifra*,
daguerreotipo del siglo.

.....
¡Todos con igual afán,
todos con el mismo anhelo!
¿Qué buscan en este suelo?
¿Qué quieren? adónde van?
¡Ay!... que han hecho se comprende
en su desenfreno intenso
del mundo un bazar inmenso
en donde todo se vende.
¡Oh!... nuestro destino fiero
fatalmente se ha cumplido!
El mundo está reducido
á una fórmula: «dinero.»
Alquimistas inhumanos
los hombres desde el nacer
oro pretenden hacer
del llanto de sus hermanos.

.....
Y cuando loca y rüin
tu idea mires cumplida,
y á la tierra convertida
en California sin fin...
Cuando con loca ansiedad
amontones oro... y oro...
¿qué harás de tu vil tesoro,
miserable humanidad!
¿Después tu dicha vendrá?
Oye un pronóstico fiero.
¡No! no! Querrás mas dinero,
tu sed no se apagará,
Esa voz que atronadora
grita: «¡adelante! ¡adelante!»

avivará á cada instante
la infernal *locomotora*.
En ella, humanos, volad
con las alas del destino:
volad... que al fin del camino
¡hallareis la eternidad!

.....
En este huracan, que agita
todo cuanto estuvo en calma,
va fundida en otra alma
el alma de Margarita.

Aun hay seres ideales
que fé tienen y que adoran;
pobres ángeles, que lloran
por los mezquinos mortales.
Angel puro de consuelo,
que para tí no le hallaste,
¿por qué á la tierra bajaste,
si tu morada es el cielo?

.....
Pero es preciso pensar...
y con el alma tranquila.
Luis en su puesto vacila
y... ¡el caer le va á matar!
¿Y qué he de hacer? Frente á frente
luchar... luchar y vencer.
De un lado... astucia... poder...
de otro, yo... ¡viejo!... ¡impotente!...
¡No puedo! Terrible, fija,
sola una idea hay aquí;
y esa idea... esa... ¡ay de mí!
¡va á morir mi pobre hija!
Morir, sí... morir los dos
antes que la dicha ver!
¡Ella! no, no puede ser,
no puede quererlo Dios.
¿Y él?... Aunque al olvido dió
por la que tanto me aflijo...
aunque la olvida... ¡es mi hijo!...
Y no encuentro un medio... Oh!
Si nula la humana ciencia
su mentira está tocando,

¿para cuándo, para cuándo
tu divina providencia?

ESCENA V

D. FÉLIX. — HORTENSIA.

(Después de pasear una mirada por la escena.)

HORTENS. Tampoco aquí.

FELIX. (Si... él la vida (Ensimismado.)
me debe... y sabrá obligarlos...)

¡Hola!

(Dominando su agitación al ver á Hortensia.)

HORTENS. ¿Ha visto usted á Carlos?

FELIX. (La vida... esto no se olvida.)

¿Á Carlos?

HORTENS. Sí.

FELIX. Se ha marchado.

(¿Por qué por Carlos pregunta?)

(Como queriendo columbrar algo.)

HORTENS. ¿Dónde?

FELIX. (Será la presunta...)

No sé. (¡Si aun no se ha votado!...)

(Volviendo á su primera idea.)

Oye: tú, que cuanto pasa
por tu posición sabrás,
decirme quién es podrás
esa que con Luis se casa?

HORTENS. ¡Yo!... ignoro... (Aterrada.)

FELIX. (No hay duda ya.)

Sí, mujer... recuerda... esa...
la marquesa... la marquesa
de...

HORTENS. No atino. (Turbada.)

FELIX. Piensa.

HORTENS. (¡Ah!)

FELIX. (¡Era su amiga!) Quería,
es decir, me precisaba
saber cómo se llamaba.

(Un decreto... aun se podría...)

(Luchando con las dos ideas.)

¿Con que no recuerdas? Bien:
no te apures... Es asunto
que si á cien se lo pregunto
me lo refieren los cien.
¡Es tan público! Verás
como al momento...

(Dirigiéndose hácia la puerta.)

HORTENS. (Deteniéndole con viveza.) No, no.
Tal vez lo recuerde yo.

FELIX. Bien. (No quiero saber mas.)
¡Recuerda! Si todo el mundo
lo sabe...

HORTENS. ¡Qué compromiso!

FELIX. Calma.

HORTENS. Sí.

FELIX. (Sí, sí... es preciso...
¡Cuánto tarda!...) ¡Don Facundo!

(Viéndole aparecer en la puerta derecha del foro)

ESCENA VI.

DICHOS.—D. FACUNDO.

FACUNDO. (Ap. á D. Félix.) (Cómo se pide.) Señora?...

FELIX. Bien. (Un coche y...)

FACUNDO. (Le encontré (idem.)
antes de llegar, y fué
á ver si gana una hora.
Le persuadí...

FELIX. Bien está.)

Voy aquí... (Á Hortensia.)

HORTENS. ¿Y?... (Con ansiedad.)

FELIX. No precisa.

Si buenamente... No hay prisa.
Hasta luego.

FACUNDO. (¡Adónde va?) (Con curiosidad.)

ESCENA VII.

HORTENSIA, D. FACUNDO.

HORTENS. (¡Me salvé!)

FACUNDO. (Juntos se hallaban...
Si traman de mancomun...)

HORTENS. Qué hay en la asamblea?

FACUNDO. Aun
en la votacion no estaban.
(Por lo que pueda tronar
bueno es estar bien con esta.)

HORTENS. ¿Se aprobará la propuesta?

FACUNDO. Sobre eso... hay mucho que hablar.

HORTENS. ¿Cómo?

FACUNDO. Si es de usted amiga
(Con mucha intencion.)
la que *tierna y amorosa*
va á ser del ministro esposa,
le suplico que la diga,
que si la estrechan ahora
porque su mano conceda,
se tome tiempo... y no acceda
hasta dentro de una hora.

HORTENS. ¿Pero qué va á suceder? (Con sorpresa)

FACUNDO. Si aguarda la hora cumplida,
el ministro que la pida
puede otro ministro ser.

ESCENA VIII.

DICHOS.—D. LUIS.

LUIS. Hortensia...

FACUNDO. (Si á este tambien
(Queda algo apartado y meditabundo.)
lograra atrapar!)

LUIS. Creia
que aquí á usted encontraria,
y vengo....

HORTENS. Gracias.

FACUNDO. (¡Bien! ¡Bien!)

(Como habiendo concebido una idea.)

LUIS. Su luz me sirvió de estrella.

HORTENS. Pobre luz!

FACUNDO. (¡Logré atraparlos!)
(Mucho cuidado con Carlos,

- (Á Luis bajo y con rapidez.)
con D. Félix y con ella.)
LUIS. ¿Eh? (¿Qué me quiere decir?)
(D. Facundo se lleva un dedo á los labios.)
HORTENS. Está usted meditabundo.
LUIS. ¿Yo? (Con sonrisa forzada.)
FACUNDO. Conque?...
LUIS. (Con amabilidad.) Adios, don Facundo.
FACUNDO. Adios (y verlas venir). (Á Luis.)
HORTENS. Adios. (D. Facundo pasa al otro lado.)
FACUNDO. (Lo dicho.) (Tambien (Á Hortensia con
pillo á este, que el cuarto era. rapidez.)
Pues señor, suba quien quiera (Satisfecho.)
ya con todos estoy bien.)

ESCENA IX.

HORTENSIA.—D. LUIS.

- LUIS. (Que recele.) (Pensativo.)
HORTENS. (Que no acceda.) (Idem.)
LUIS. Hortensia...
HORTENS. Luis...
LUIS. Siga usted.
HORTENS. No, usted.
LUIS. ¿Y á qué he de seguir
si ya he dicho veces cien
lo que ahora decir podria,
lo que siempre le diré?
Si sabe usted que la quiero
cuanto es posible querer,
si sabe usted que la adoro...
HORTENS. ¿Pero por dónde lo sé?
LUIS. Ojos y labios lo dicen.
HORTENS. ¿Lo dice el alma tambien?
LUIS. ¿No vió usted que á Margarita?...
HORTENS. No basta.
LUIS. ¿Pues qué he de hacer?
¿Exige usted otra prueba?
HORTENS. ¿Prueba? La que usted me dé.
LUIS. Si ofreciese á usted mi mano,

si yo rindiera á sus piés
posicion, porvenir, todo...
¿lo habria probado bien?

HORTENS. ¡Gran prueba fuera por cierto!

LUIS. Dada está.

HORTENS. (¿Qué le diré?)

LUIS. ¿No responde?

HORTENS. (Aquel consejo...)

¿Qué he de contestar si sé
que á mi prima?...

LUIS. (¡Margarita!)

Eso ya no puede ser.
Vanos amores de niños...

HORTENS. Pero está en Madrid.

LUIS. ¿Y qué?

HORTENS. Ella...

LUIS. Hortensia, usted no ignora
que á los dos nos está bien.
Una respuesta.

HORTENS. Yo... ¿Cómo
piensa en amor cuando vé
que en este momento mismo
decidiendo estan tal vez
su fortuna?

LUIS. Eso tan solo
bastara para hacer ver
cuán inmenso es mi cariño.
Hortensia, decida usted.
Ahora, ó nunca.

HORTENS. (Ya es preciso
ó contestar ó romper.)
(Reparando en una flor muy pequeña que lleva en un
ojal.)

LUIS. ¡Ah! esa flor... (Hallé un pretexto.)
Esta flor... (¡Oh!...) Tome usted.
¿Qué mas pide?

HORTENS. Á tantas pruebas
con una contestaré.
¿Tiene usted enemigos?

LUIS. Todos
los que creo he menester,
como dice Karr.

- HORTENS. ¿Y amigos?
- LUIS. Uno solo; mas tan fiel,
que á él me entrego enteramente,
y él es mi único sosten.
- HORTENS. ¿No teme que le derriben
esta noche?
- LUIS. No.
- HORTENS. ¿Por qué?
- LUIS. Porque él manda en la asamblea.
- HORTENS. ¿Y si le vendiese él?
- LUIS. Imposible; si así fuera
no habría en el mundo fé.
- HORTENS. Mas supongamos...
- LUIS. Entonces
tédio me diera el poder,
y sin ambicion, sin alma
del mundo huiria tal vez.
Pero es imposible; Cárlos
es la mitad de mi ser.
- HORTENS. En la asamblea hace falta
su presencia, Luis; yo sé
que el hombre en quien mas confia
quien le está vendiendo es.
- LUIS. ¡Cómo! (Con dolorosa admiracion.)
- HORTENS. Ni mas se me ha dicho,
ni mas decirle podré.
Corra usted allá.
- LUIS. Sí, sí, voy.
- HORTENS. Pronto.
- LUIS. Adios.
- HORTENS. Hasta despues.
- LUIS. (Es imposible... no, no,
él no puede serme infiel.) (váse)

ESCENA X.

HORTENSIA.

¡Si triunfa!... honores, poder...
¡Cómo el corazon palpita!
¡Brillar!... ¿Pero y Margarita?
No, no le puede querer.

Le olvida. En su candidez
rechaza al que así ambiciona.
No así yo, que una corona
tuviera en poco tal vez.

ESCENA XI.

HORTENSIA.—MARGARITA.

MARG. ¡Prima! (Loca de alegría.)

HORTENS. ¿Qué tienes?

MARG. ¡Oh! mucho

gozo.

HORTENS. ¿Lloras?

~~MARG.~~ ¿Qué le hace?

Deja, deja que te abrace.

Soy muy dichosa.

HORTENS. ¡Qué escucho! (Aterrada.)

MARG. Cuando menos es perar
de su cariño debí...

HORTENS. (¡Dios mio!)

MARG. Ha llegado á mí

y me ha sacado á bailar.

Cien parejas se lanzaron
al baile ardientes y bellas,

y á poco entre todas ellas

mil ojos nos contemplaron;

y en medio de aquel torrente

mas rápido á cada instante,

él siguió hablándome amante,

yo contesté balbuciente.

HORTENS. ¡Oh!

MARG. Del cansancio á despecho

valsábamos con ardor,

solos ya, cuando una flor
se desprendió de mi pecho.

Él, dando treguas al val,

alzó la flor sin abrojos,

y, clavando en mí los ojos,

la colocó en un ojal.

Después... todos se acercaban

á mí... y crucé los salones

en medio de aclamaciones
que de mil bocas brotaban.
Aun no adivino el por qué...
tal vez ese afán profundo
es el parabien del mundo
que tan dichosa me ve.
¿Y yo la muerte quería?
¡Oh!... ¡la vida es tan hermosa!
¡Soy dichosa, muy dichosa!
¡Abrázame, Hortensia mía!

HORTENS. (¿Qué es esto? ¡Ah!... Sí, sí.) Repara
(Como adivinando.)
que finge mucho el deseo.

MARG. ¿Qué dices?

HORTENS. Que no le creo.

MARG. ¿Y á qué mentir si no amara?

HORTENS. ¡Margarita, por favor!
huye de esa falsa llama.

MARG. ¡Huir cuando mas me ama!

HORTENS. ¡Amarte!... ¡Mira! (Mostrándosela.)

MARG. ¡Mi flor!

(Tomándola dolorosamente sorprendida.)

HORTENS. Por no aparecer ingrato
de tu padre á los favores
ante el mundo, á tus amores
ha tornado un breve rato.
Amarga la verdad es;
mas aquí malos y buenos
por afecto obran los menos,
todos van á su interés.
Recuerda á tu padre, y
por no hacerle mas penar,
templa ese rudo pesar,
vuelve, Margarita, en tí.

MARG. Remordimiento cruel
que noche y dia deploro:
él llora por mí, y yo lloro
por un hombre que no es él.

HORTENS. Él lo ve en supremo instante
de dolores indecibles.

MARG. ¡Oh! ¡deberán ser horribles
los celos de un padre amante!

Y lo sé, y aun á ese infiel
mas que nunca tierna adoro;
y por tí, padre, no lloro,
y estoy llorando por él!

HORTENS. ¡Prima!

MARG. Cuando año tras año
se ve el bien en lontananza
y aquella rica esperanza
la marchita un desengaño...
y luego vuelve la calma,
y vuelve otra vez á huir...
¿No es preferible morir,
á esta soledad del alma?

HORTENS. ¿Lloras?

MARG. ¿Cómo no llorar
si está mi pecho estallando,
si el aire me va faltando,
si ya no puedo esperar?
¡Oh! ¡no! y su primer ardor
mentira no pudo ser...
¿Tanto brilla ese poder
que hace olvidar el amor?
(Con acento desgarrador.)

ESCENA XII.

MARGARITA, HORTENSIA.—D. FÉLIX.

HORTENS. (¡Don Félix!)

FELIX. ¿Juntas aquí?
(Oye, si es que no recuerdas (Ap. á Hortensia.)
aquello, el tiempo no pierdas;
me lo han dicho por ahí.)

HORTENS. (¡Dios mio!)

FELIX. ¿Y sabes quién era?
Su mejor amiga. ¡Pues!
¡Cuando grita el interés,
qué afecto ni qué tontera!)

HORTENS. ¿Vamos?

(Á Margarita, desentendiéndose y con ansiedad.)

MARG. Hortensia, ¿qué tienes?
¿Te pones mala?

HORTENS. No, no.
El cansancio... El calor... (Oh!)

FELIX. (Es una infamia.) (Á Hortensia.)

HORTENS. ¿Te vienes?

MARG. Despues.

FELIX. (¿Que quién es te diga?
(Á Hortensia contestando á una mirada suplicante.)

HORTENS. Luego.

FELIX. Está en posicion alta.)

HORTENS. Prima... me voy... hago falta (Idem)
en el salon.

FELIX. Bien. (Su amiga!)
(Con profundo sarcasmo.)

ESCENA XIII.

MARGARITA, D. FÉLIX.

FELIX. ¿Sufres?

MARG. No, no.

FELIX. Con placer
admiro ese fingimiento;
ocultas tu sufrimiento
por no hacerme padecer!
Y ya no lloras ni gimes...
¡Y yo á pesar de mis años!...
(Enjugando una lágrima.)
¡Hay magníficos engaños,
como hay mentiras sublimes!

MARG. (¡Ay de mí!) Por un momento
creí que aun mi amante era:
esa esperanza postrera
voló en las alas del viento.
Ya nunca amaré... Sí, sí...
De cuanto sufro á despecho
aun queda amor en mi pecho,
queda mucho para tí.

FELIX. ¡Margarita!

MARG. ¡Padre!

FELIX. ¡Oh!
No así mis consuelos huyas.
Tus alegrías son tuyas;
pero tus tristezas... no!

*Ya que apagarlos no puedo,
*yo lloraré esos amores:
*la mitad de tus dolores
*es mia... y no te la cedo!

MARG. Mas...

FELIX. Mucho ha que comprendí
el alma de las mujeres:
Margarita, tú le quieres...

MARG. ¡Y le quieres mas que á mí!
¡Yo!... ¡Cielo!

FELIX. Aunque oir te aflija
mi amarga verdad constante,
mas puede el amor de amante
que no el cariño de hija.

MARG. ¡Padre!

FELIX. En su alta prevision
dió el Señor causa á este efecto
para que vaya el afecto
de una á otra generacion.
Siempre querrás, porque así
lo manda un principio fijo,
mas que á tu padre, á tu hijo,
y este al suyo, mas que á tí.
Si esto así no sucediera,
si mas á tu padre amaras
y este al suyo, ¿no reparas
que el cariño se extinguiera?
Poco á poco el tiempo iria
debilitando esos lazos,
y al verlos hechos pedazos
la familia acabaria.
Dios, que todo lo concilia,
lo hizo en su saber profundo,
porque... ¿qué fuera del mundo
sin afectos ni familia?

MARG. ¡Oh!

FELIX. Tu esperanza voló
con tus divinas quimeras.
Si felicidad no esperas,
¿cómo he de esperarla yo?
Ya que de nosotros huya,
ya que verla no podemos,

pensemos...

MARG. Padre, pensemos
tan solamente en la suya.

FELIX. ¡Dios te bendiga! Pues bien;
desde su puesto encumbrado
va á ser muy pronto lanzado,
purgando así su desden.
Cuando el asiento se rompa,
en que tan soberbio está,
bien sabes que morirá:
él solo vive en la pompa.

MARG. Es necesario volar
y salvarle, y!...

FELIX. Ten el vuelo.

Sabe para tu consuelo
que esto le puede salvar. (Entregándole un pliego.)

MARG. ¡Ah! ¡Gracias!

FELIX. Á una mujer
le ha llamado la ambicion.

Toma... esa es su salvacion;
rómpelo... y perdió el poder.

MARG. ¡Quiere á otra! Bien lo temia.

FELIX. ¿No has visto la turbacion
de Hortensia? Es su acusacion.

MARG. ¡Dios mio!

FELIX. ¡Pobre hija mia!

MARG. ¡Era Hortensia!

FELIX. ¡La amistad!

Rompe el papel... y perece.

Rómpelo! Luis lo merece:

á otra da su voluntad.

Rásgalo: tu mayor mal

este pliego dicta y sella: ((Dándole otro pliego.)

para casarse con ella

va en él la licencia real.

MARG. ¡Y qué es esa pasion vana
para que tal cosa hiciera?

Ya que amante no me quiera,
moriré siendo su hermana.

Él nuestro amor está viendo...

querrá mas... ¡será mas bella!

Que viva feliz con ella,

aunque yo viva muriendo.

(Ahogada por el llanto.)

FELIX. ¡Así te creí! ¡sublime,
grande, incomparable, pura!
¿Á quién, Señor, das ventura
si este ángel padece y gime?

MARG. ¡Ay!

FELIX. Oye. Aunque amor profundo
al recibirlo te ofrezca,
no esperes que lo agradezca...
nadie agradece en el mundo.
Hacer bien sin ver á quien
es la virtud que acrisola...
El bien se debe hacer solo
por el placer de hacer bien.
Olvido un ingrato pecho
tal vez podrá en pago darte;
¿mas cuándo podrá quitarte
el placer de haberlo hecho?

ESCENA XIV.

DICHOS, D. FACUNDO.

FACUNDO. Don Félix! (Entrando apresoradamente.)

FELIX. ¿Qué?

FACUNDO. Se perdió.

FELIX. ¿Qué dice usted?

FACUNDO. Han votado.

FELIX. ¿Y?...

FACUNDO. Y ha sido derrotado.

MARG. ¡Dios mio!

FACUNDO. Luis... acabó.

FELIX. Aquello?... (Significando dinero.)

FACUNDO. Será cumplido. (Con desprecio.)

FELIX. Adios. Me voy descuidado.

FACUNDO. (¡Á vender! Él ha bajado;

(Con brutal alegría.)

pero el papel ha subido.)

ESCENA XV.

D. FELIX, MARGARITA.

MARG. ¡Dios mio! ¡Perdido!

FELIX. ¡Aun no!

Con sus colegas en guerra,
hubiera venido á tierra;
pero le quedaba yo.

Á uno de ellos tiempo há
la vida salvé: le he hablado,
y por yo haberle salvado,
él á Luis salvacion dá.

Correspondiéndome fiel
y mirando mi afliccion
alcanzó su salvacion
envuelta en ese papel.

MARG. ¿Aun hay esperanza?

FELIX. Hay mas:

seguridad.

MARG. ¡Oh! Pero..

¿cómo tan presto cayó
de tan alto?

FELIX. Oye y sabrás.

Los ojos siempre hácia arriba,
en su delirio cruel,
no miró que tras de él
otro caminando iba.

Consiguiendo ser vocal
con buena maña é influjo,
Silva tras él se introdujo
en la junta electoral.

Tocó el oculto registro
con que le habia elevado,
y fué electo diputado
cuando Luis llegó á ministro.

MARG. Mas cómo?...

FELIX. No es todo esto.

En su partido brillante
Luis dejó un puesto vacante,
y Silva ocupó ese puesto.
Hipócrita y obediente

mientras le miró seguro,
hoy que lo ve en un apuro
le hace guerra frente á frente.
Caerá Luis, él subirá
á ese tan ansiado potro;
mas como él fué tras el otro,
otro tras su huella irá.

Y le hará caer; y cuando
piense del triunfo gozar,
otro le vendrá á empujar
que á su vez caerá rodando.

*Este es el mundo. El poder
*nadie goza hasta la muerte.

*¡Todos caen! ¡De esta suerte
*quién le puede apetecer?

*Los que habeis el alma enferma
*con ese maldito afan,

*ved la historia: allí Beltran,
*Olivares, Luna y Lerma.

*Perez, que á la Europa espanta
*y es su dueño en paz y en guerra,

*no tuvo un palmo de tierra
*donde colocar su planta.

*Veráslos con sus pesares
*dó quiera que los aceches:

*pregunta si no á Loeches
*cómo murió el de Olivares.

*Si en alas de la fortuna
*Luna colmó su grandeza,

*ved rodando la cabeza
*de don Alvaro de Luna.

*Afan por llegar allí,
*lucha horrible en el poder,

*y tras esto hay que caer,
*¡porque Dios lo manda así!

La historia con claridad
de mostrárnoslo se encarga:

es una verdad amarga,
pero es una gran verdad.

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS.—LUIS.

Luis se presenta abatido en la puerta izquierda del foro. Don Félix al verlo da un paso hacia él; pero se detiene y va á colocarse junto á la puerta izquierda. Margarita hace el mismo movimiento que su padre y se coloca junto á la puerta de la derecha. Luis da algunos pasos hasta quedar en el centro de la escena. Pausa.

MARG. ¡Luis!

FELIX. ¡Luis!

LUIS. ¡Ah! Pero no, no:

(Queriendo correr hacia ellos y conteniéndose avergonzado.)

cuanto mas grande y mas digno
vuestro afecto, mas indigno
de merecerlo soy yo.

MARG. ¡Luis!

FELIX. Ya apuraste las heces
de ese cáliz deseado.

El caer te ha purificado.

LUIS. ¡Si se naciera dos veces!

FELIX. Lloroso imploras perdon
por tu olvido... No le nombres:
antes que todo, á los hombres
les pido yo corazon.

LUIS. ¡Dios mio! Ya ni aun podré
dar reparo á mis acciones;
derrotado en las secciones
en las Córtes lo seré.

Mañana la votacion
me lanzará de mi puesto...

Ya no soy nada... tras esto
aceptan mi dimision.

Ingrato con todos yo
á uno solo protegí:
ese, á quien tanto subí,
ingrato me derribó;

y con datos inexactos
quiere acusarme y perderme.

FELIX.

¿Qué dices?

LUIS.

Que quiere hacerme
responsable de mis actos.

Á una mujer mi ambicion
me hizo dirigir la vista,
y ufana con mi conquista
dióme ella su corazon.

Cuando me miró elevado
era yo su bien querido...
ahora, que vuelvo caido,
ni siquiera me ha mirado.

Hace poco, me veia
cercado de incienso vano:
ahora... no veo una mano
que venga á estrechar la mia.

(D. Felix estrecha entre las suyas la mano de Luis,
que baja la cabeza avergonzado, y dice despues de
una pausa.)

¡Gracias! Quien tal llegó á ver,
quien esto viene á tocar,
¿para qué quiere mandar?
¿para qué quiere el poder?

FELIX.

Dime, Luis: si ahora pudieras
al falso amigo perder
y humillar á esa mujer,
di la verdad, ¿no lo hicieras?

MARG.

(¡Ay!...)

LUIS.

Yo...

FELIX.

En mis fuerzas confio
y el gobierno te prometo.

¿Vacilas? Toma.

(Tomaudo el pliego de manos de Margarita y en-
tregándolo á Luis.)

LUIS.

¡Un decreto
de disolucion! ¡Dios mio! (Con alegria.)

FELIX.

(¡Infeliz!) Puedes cerrar
la Asamblea.

LUIS.

¡Estoy salvado!
De nuevo seré adulado...
¡Cómo los voy á humillar!

- Voy...
- FELIX. Tente. Esta real licencia
lee. (Entregándole el otro pliego.)
- LUIS. ¡Para casarme! ¡Oh!
¡Con Margarita!
- FELIX. No.
- MARG. No.
Con la que amas: con Hortensia.
(Haciendo un esfuerzo.)
- LUIS. ¿Pero?...
- FELIX. Indispensable es:
todo lazo aquí se trunca.
No quiero que digas nunca
que obramos por interés.
¡Dios mio!
- LUIS. Presente ten
que del pliego hacer el uso
que quieras puedes.
- LUIS. No rehusos.
¿El que quiera?... Este.
(Devolviéndoselo á D. Felix despues de un momen-
to de vacilacion.)
- FELIX. ¡Hijo, bien!
(Carlos atraviesa el foro con aire de triunfo dando
el brazo á Hortensia y seguido de D. Facundo y
otras muchas personas que le felicitan.)
- LUIS. Ahora... ¡Adios! Voy á partir.
- MARG. y FELIX. ¡Luis!
- LUIS. Que huya de aquí dejad.
Me asesina esa bondad,
y oscuro quiero morir.
¡Calla!
- MARG. Á ser feliz nací,
y el mundo ví encantador;
un ángel me dió su amor...
yo al ángel no comprendí.
¡Ay!
- MARG. Entre delicias puras,
que el cielo me prodigaba,
mi vida se deslizaba
sin pesares ni amarguras.
Hoy vuelve á ese corazon

mi pecho de amor henchido,
y hoy... ¡hoy todo lo he perdido
por mi maldita ambicion!

MARG. ¡Todo! (Con firmeza.)

FELIX. ¡Margarita! (Suplicante.)

LUIS. ¡Ah!

MARG. ¡Cómo el recuerdo tortura
de ese tiempo de ventura!

LUIS. ¡Quién no lo recordará?
Cuántas veces al morir
del sol la luz postrimera
íbamos por la ribera
del fresco Guadalquivir...
y exclamábamos los dos
entre el murmullo del río:

MARG. «¡Qué gloria es amar, Dios mio!»

MARG. ¡Bendito seas, gran Dios!

LUIS. ¡Adios! Al que fué tu hermano,
y hoy tus miradas evita,
concederás, Margarita,
que estampe un beso en tu mano?

(Margarita despues de mirar un momento á D. Félix
le alarga la mano con timidez.)

¡Me voy por siempre!

MARG. ¡Oh!

LUIS. Mi amor...

MARG. Vive en quien sabe querer. (Con arrebató.)

LUIS. Yo tu flor di á otra mujer.

MARG. Yo te devuelvo esa flor. (Dándosela.)

LUIS. ¡Oh! y he pagado en desvios
tan puro y celeste anhelo?
¡Perdon!

FELIX. ¡Gracias, santo cielo!

¡Sed felices, hijos míos!

(Estrechándolos en sus brazos.)

LUIS. ¡Margarita!

MARG. ¡Luis! ¡Luis! (Fuera de sí.)

LUIS. ¡Padre!

MARG. ¡Oh!... ¡me mata la alegría!

FELIX. Una lágrima, hija mia,
(Con voz ahogada por los sollozos.)
para tu difunta madre.

La lágrima que una hija
por ella en su dicha vierte,
en el seno de la muerte
á la madre regocija;
y si ardiente se derrumba
del párpado al mármol frio,
es... la gota de rocío
que la refresca en su tumba.
¡Oh madre, si así me vieras!...
Te viera vivir sin duelos.
Y ahora, Señor de los cielos,
dispon de mí cuando quieras!
En la senda del error
lanzado por desventura,
yo, miserable criatura,
no conté con mi Criador.
Cuando vi al mundo rodar
de la ambición al abismo,
y miseria y egoísmo
donde quiera vine á hallar...
Cuando grande me miré
y eché al mundo el escarpelo,
y al disecarle, en el suelo
solo mentira encontré,
la humana filosofía
siguiendo con ansiedad,
creí que la sociedad
á su desquicio corria.
Entonces, lleno de tedio,
me encerré en mi horrible ciencia,
y olvidé la Providencia
no viendo á este mal remedio.
Y era, que este mal al ver
con escrutadora calma,
me olvidé de que mi alma
emanaba de otro Ser;
de otro Ser por cuyas huellas
caminar no nos fué dado;
de ese Ser que ha tachonado
el firmamento de estrellas.
Y era, que en mi loco vuelo
la mente no remontaba;

MARG.

FELIX.

y siempre al mundo miraba,
y nunca miraba al cielo!
Y era, que del mal en pos;
no vi de dó el bien refluye...
Y era... ¡que el hombre concluye
en donde comienza Dios!

V. das Zuerellas
del Rey Católico, p. 8.

FIN DE LA COMEDIA.



SIETE ediciones, algunas de gran número de ejemplares, van hechas de esta obra desde que el 20 de Enero de 1853 se representó por vez primera en el teatro de Variedades de esta corte, merced á la generosa proteccion que me dispensó nuestro célebre crítico D. Eugenio de Ochoa, á quien nunca agradeceré bastante lo que en aquella ocasion hizo en favor mio. Cuatro de estas ediciones han salido en Madrid de las prensas de los señores Alhambra, Peña y Rodriguez, todas ellas corregidas por mí: una ha sido impresa en Paris por M. E. Thunot y compañía, bajo la inteligente direccion de mi querido amigo D. Cárlos de Ochoa; otra en Buenos-Aires por el año de 1857, cuando recorría la América la compañía española del Sr. Ortiz, y otra por último en el de 1854, hecha, segun su pie de imprenta en Bruselas, y segun mis noticias particulares en Barcelona. De alguna otra me han hablado; pero no he podido ver ejemplares mas que de las que dejo citadas.

Si tan buena suerte ha tenido *Verdades amargas* como libro, no ha sido inferior la que le ha cabido como obra escénica. Representada en Madrid, por cierto de un modo admirable, infinitas veces por la compañía del célebre artista D. Joaquin Arjona, primero en el teatro de Variedades, despues en el del Príncipe, en breve recorrió todos los de las provincias y la América española con gran honra de su autor y de los actores, y con no menor provecho de las empresas, que aun hoy, despues de cerca de catorce años de explotación constante, la conservan en el repertorio.

No es un vano orgullo lo que me hace consignar en esta edicion el éxito, tan superior á su mérito, que ha alcanzado mi primera comedia: dos consideraciones de muy distinta índole me mueven á ello. Cuando en 1853 el Sr. D. Eugenio de Ochoa consiguió que se representara *Verdades amargas*, hacia tres años que inútilmente llamaba con esta obra á las puertas de los teatros, y niño, y enfermo y pobre, iba á renunciar, lleno de amargura y desesperacion, á la única carrera en que veia un porvenir, á la sola que halagaba mis deseos de gloria é independencia, sin medios y sin fuerzas para emprender otra: iba á renunciar á la vida tal vez. Así como los caballeros andantes creian que cuando por uno de ellos era vencido otro caballero, las hazañas de este recaian por entero en el vencedor, asi creo yo que la gloria adquirida por el protegido, debe resplandecer en el protector, y que á medida que es mayor el beneficio de la proteccion, debe subir la medida del agradecimiento. Si me complazco en recordar aquí el éxito de *Verdades amargas* es solo para hacer público una vez mas que este éxito y cuantos despues he obtenido, que cuanto soy y cuanto valgo, lo debo al noble apoyo del ilustre literato que honra con su nombre la tercer página de esta obra.

Otra consideracion me lleva á arrostrar sin miedo la acusacion de inmodesto que no dejará de hacerme alguno de los que lean esta nota. Conozco, acaso mejor que muchos críticos, los defectos de mis comedias y no me hago ilusiones acerca de su mérito; pero algo tendrá el agua cuando la bendicen. Este algo que el agua tiene, segun el refran castellano, es en mi juicio la utilidad; y he aquí por qué mis comedias, sin ser buenas, alcanzan casi siempre éxito y se representan muchas veces, porque son útiles, porque el marido desea que su mujer las oiga y el padre que las vean sus hijos, persuadidos de que en algo ha de aprovecharles la doctrina que en ellas se vierte. No ha pasado en nuestro siglo el reinado de lo bello; pero si á lo bello no se reune lo útil, la belleza, segun la feliz expresion de Bayard, es un monarca constitucional que reina poco y no gobierna nada. Muchas veces despues de terminada una primera representacion he oido decir en los pasillos: «La comedia es muy linda, tiene pre-

ciosos versos, mucha poesia, pero *qué prueba?*» y como el público preguntara: «*qué prueba?*» la comedia moria para siempre á las pocas representaciones. ¿Qué significa esto? Que en nuestra época utilitaria, las gentes buscan la utilidad hasta en el recreo; que nuestro público quiere aprender hasta cuando se divierte; que en medio del materialismo que le corroe, busca como antídoto á su escepticismo ó como consuelo á su desencanto, la lección moral que siempre ha debido darle el teatro envuelta con mas ó menos habilidad entre las lágrimas ó las carcajadas. Cuadros palpitantes de actualidad de que se desprenda algun consejo, alguna enseñanza, algun consuelo, alguna verdad salvadora que contribuya á poner coto á los vicios ó los errores, que aun el código no ha calificado de crímenes, esto quiere el público y darle esto es la única mision noble del poeta; si la literatura no es un consuelo, si el teatro no es algo que, aunque en muy inferior escala, se parezca á la cátedra del Espíritu Santo, yo no sé lo que son el teatro y la literatura.

En la primera edicion de *Verdades amargas* dije que tenia la pretension de haber creado con esta comedia un género nuevo, pretension ridícula, toda vez que no habia hecho mas que trasladar al teatro moderno el género de obras, hijo del portentoso talento de nuestro insigne don Juan Ruiz de Alarcon, príncipe del teatro filosófico. En este género, que es el que procuro cultivar con ardiente fé, *el pensamiento lo es todo*: los caracteres, el argumento y el diálogo le estan completamente subordinados: el poeta no inventa, deduce, dentro de las prescripciones mas severas de la lógica, todo es, en fin, forma menos el pensamiento mismo, que debe dominarlo todo, que debe estar en todos los personajes, desarrollarse en todas las escenas, palpitar debajo de todas las frases; que debe ser, para acabar, la sangre de la comedia, que partiendo del corazon vaya á dar vida hasta á las mas insignificantes moléculas de todos sus miembros.

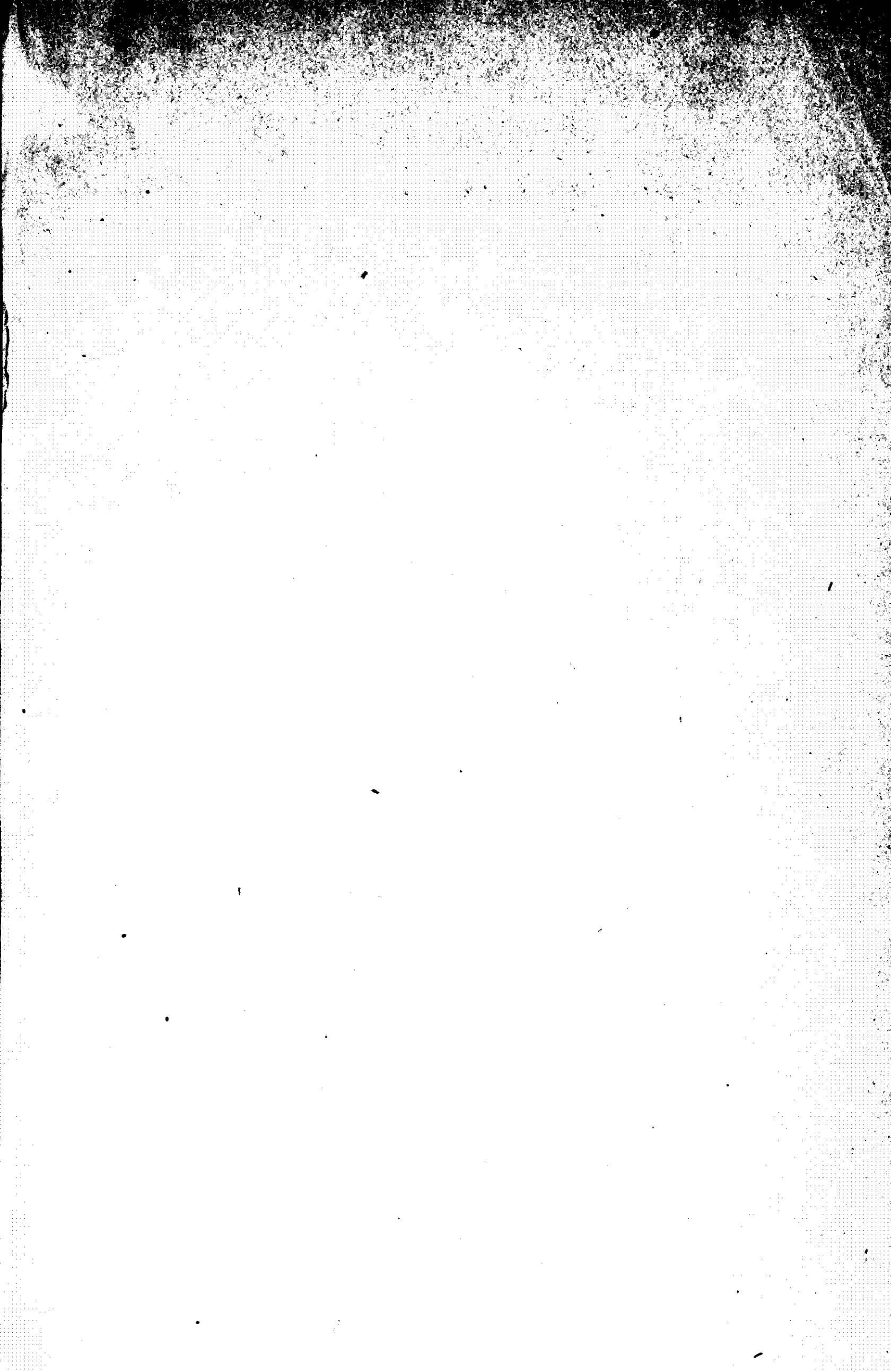
Así he pensado y escrito *Verdades amargas*, *La cruz del matrimonio*, *Los soldados de plomo*, y casi todas mis comedias, y este es el secreto de mis éxitos que muchos de mis hermanos de letras no se explican. Poco me importa que alguno me tache de inmodesto por reseñar mis propios triunfos y por meterme á precep-

tista, cuando tanto necesito de preceptos ajenos, si el ejemplo de la *utilidad* que de seguir este camino he reportado, lleva por él á otros de mas vasta instruccion y mejor ingenio. Para recrear el oido, á la ópera; para reir, á la zarzuela: esto dice el público, juez inapelable en materia literaria; al teatro dramático no se va solo á buscar el recreo: es preciso que en él se halle enseñanza, es preciso que puesto que el público se ha hecho utilitario, el teatro sea útil y que empiece en donde el código acaba.

Dos palabras para concluir. En la nota que hay al principio del segundo acto pronostiqué con la osadia de los pocos años un brillante porvenir al distinguido poeta lírico y mi querido amigo D. Antonio Arnao. No he variado esta nota en las ediciones posteriores á pesar de que despues de su primer libro *Himnos y quejas*, habia dado á la estampa *Melancolias*, *Ecos del Táder* y *Don Rodrigo* y *La campaña de África*, premiados en concurso público por la Academia española, porque aunque todas estas obras le habian conquistado una brillante reputacion, yo en conciencia y á pesar de la amistad fraternal que nos une, no creia realizado por completo mi pronóstico. Hoy siento una gran satisfaccion y un inmenso orgullo al poder decir al público: «No te engañé al anunciarte que Arnao daria verdaderos dias de gloria á nuestra literatura: lee su último libro *El caudillo de los ciento*, y le tributarás de seguro el homenaje de admiracion que todos á una le han tributado los hombres de letras.

He sido largo y difuso: perdon, lector.

LUIS DE EGUILAZ.







C 1